



EL HOTEL DE LAS BRUMAS

silver kane

SILVER KANE

EL HOTEL DE LAS BRUMAS

Col. SERVICIO SECRETO n.° 683
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
807. ¡Matad a Logan!

En Colección SERVICIO SECRETO:
679. Melodía para un «gansgster».

En Colección BÚFALO:
420. La dama negra.

En Colección SALVAJE TEXAS:
339. Una mujer de «saloon».

En Colección CALIFORNIA
315. Miss muerte.

En Colección COLORADO:
208. Su último desafío.

En Colección KANSAS:
232. Estrella negra.

En Colección ASES DEL OESTE:
217. Amada muerte.

En Colección BRAVO OESTE:
67. El paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:
66. La noche y las sombras.

DEPOSITO LEGAL B 15648 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN. SETIEMBRE 1963

Impresa en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S.A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 8443/63

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasado» o actuales, será simple coincidencia

El HOTEL de las BRUMAS

por SILVER KANE



CAPITULO PRIMERO

Cuando Paul Durval llegó a París, a mediados de marzo, sólo tenía en el bolsillo quinientos francos nuevos, ó cincuenta mil francos antiguos, que viene a ser lo mismo. Para lo cara que está la vida en París, bien poca cosa.

Paul, además de los quinientos francos, tenía veintiocho años, un metro ochenta y dos de estatura, cabellos rubios suavemente ondulados y una musculatura que quizá hubiera dado envidia a un campeón de «catch».

Tenía, además, unos ojos grises que, a decir de las mujeres, resultaban enigmáticos y un poco turbadores.

Tenía también una pierna rota.

Desde que chocó con su bólido en las últimas «Veinticuatro Horas de Le Mans», Paul Durval tenía que andar lentamente, apoyándose en un bastón y arrastrando además su pierna izquierda,

que según los médicos sólo se recuperaría mediante una operación seguida por un largo reposo

Pero ya se sabe lo que son las operaciones y los reposos. Cuestan dinero. Y Paul Durval sólo tenía sus cochinos quinientos francos.

Después de un mes de tratamiento en Le Mans, Paul había decidido trasladarse a París por creer que allí tendría oportunidades. Le habían dicho que allí había suerte para todo el que quisiera buscarla.

Y Paul, con sus veintiocho años, su metro ochenta y dos de estatura, sus ojos grises y su pierna tiesa, fue a un taller donde sólo reparaban bólidos «Maseratti», por si podían darle trabajo.

El dueño le conocía.

—Hola, Durval. ¿Tú por aquí?

—Sí. He pasado casi cinco semanas en Le Mans.

—Ya vi tu piña. Fue de las gordas.

—Tuve suerte, porque creí que me mataba cuando di las dos vueltas de campana. Pero me salí con una pierna rota.

—Sí, ya veo… Lo dijeron los periódicos, además. Rota por cuatro sitios.

Paul se la miró. Rota por cuatro sitios… El ya lo sabía —lo sabía demasiado bien—, pero le molestaba que se lo dijesen los otros.

Puso mala cara.

—Esto ya va mejor, de todos modos. Puedo andar por donde quiero, ¿ves? Dentro de un año es posible que los huesos y los nervios estén perfectamente acordados y pueda volver a conducir.

El dueño del taller movió la cabeza dubitativamente.

—Yo no me fiaría para el embrague de una pierna que ha estado rota, amigo Paul. Pero, en fin, esa es cosa tuya. Ninguna casa te contratará, de todos modos.

—La última vez ya corrí sin estar contratado. El «Mercedes» era mío. Salí a la pista como independiente, por mí cuenta y riesgo.

—¿Y ahora qué vas a hacer en París? Porque el «Mercedes» quedó deshecho. Lo perdiste todo, ¿verdad?

—Todo.

—¿Cómo piensas empezar de nuevo?

—Sólo tengo quinientos francos, y he de hacerme operar por algún buen especialista de París. Busco trabajo.

El dueño del taller le miró con los ojos entrecerrados.

—Tú eres especialista en «Mercedes». Aquí sólo reparamos «Maseratti».

—Es igual.

—¡ Oh, no! ¡Qué ha de serlo! Estos bólidos de carreras son como aparatos de relojería. No los puede tocar cualquiera. ¿Por qué no te empleas en el taller de Fresnay? El toca «Mercedes» solamente.

—Es que Fresnay no es amigo mío. Y yo creí...

El dueño del taller le dio un par de suaves palmaditas en la espalda, palmaditas que, de paso, sirvieron para ir llevándolo hacia la calle.

—Vamos, vamos, hay que animarse, amigo Durval. El taller de Fresnay está en la rué Montevideo, ¿eh? Deja el metro en Porte Dauphine.

Paul dijo que sí, y se encontró nuevamente en la calle arrastrando su pierna izquierda.

De la estación de la Porte Dauphine a la rué Montevideo hay cerca de un kilómetro de calles burguesas, tranquilas, apacibles y que no parecen de París. Situadas a la espalda de la avenida del Mariscal Foch, le hacen pensar a uno en una suave ciudad provinciana.

Pero por dos veces, los automóviles estuvieron a punto de arrollar a Paul, que no podía caminar aprisa en los cruces a causa de su pierna coja.

Llegó al taller de Fresnay, donde sólo había dos coches que parecían grandes peces de plata.

Lo primero que miró Fresnay fue la pierna tiesa.

—¿Trabajo? —gruñó en cuanto Paul le hubo expuesto su caso—. ¿Y cómo vas a poder inclinarte sobre el motor, amigo? Seguro que para hacer cualquier movimiento necesitas tu bastón.

—¡No! Eso es una exageración. Yo puedo...

Paul nunca había ansiado trabajar tanto como entonces, y nunca lo había necesitado tanto tampoco. Arrojó su bastón, y haciendo un supremo esfuerzo, consiguió acercarse sin vacilar hasta uno de los «Mercedes», que tenía el motor al descubierto.

—Estáis reglando balancines, ¿verdad? —musitó.

Tomó un juego de galgas y se inclinó sobre el bloque para calcular las separaciones. Pero al querer dar naturalidad a sus gestos, descuidó algo el equilibrio y por unas fracciones de segundo

tuvo el peso de su cuerpo apoyado sobre la pierna izquierda. El resultado fue caer rodando sobre el piso de cemento, mientras lanzaba un gruñido de dolor.

El propio Fresnay, con una sonrisa condescendiente, acudió a levantarle.

—¿Lo ves, muchacho? Esto te ocurriría en faenas mucho más delicadas y lo echarías todo a rodar. Por ahora sólo debes pensar en cuidarte.

Paul se mordió los labios.

—Pero puedo hacer trabajos delicados en el torno…

Todas las piezas de precisión pueden pasar por mis manos. Tú sabes que soy un buen mecánico.

—Lo eres, y además, un excelente corredor, pero ahora necesitas descanso. Mira, dentro de quince días se me va Fournier de vacaciones y podré darte trabajo eventual. Luego quién sabe... ¿Podrías aguantar quince días?

—Aún tengo quinientos francos.

—Poca cosa es, muchacho. Pero hay hoteles baratos lejos de este barrio. Por ejemplo, en los alrededores de la Soborna, o en Montmartre, o detrás de la iglesia de Sainte Geniveve. Podrás aguantar quince días si no eres derrochador. De todos modos, si quieres algún anticipo ..

Paul Durval sonrió con una estrecha sonrisa.

—No, gracias. Prefiero esperar. Es posible que mientras tanto encuentre alguna cosa...

—No malgastes tus manos en un trabajo de poca categoría —le dijo Fresnay—. Un mecánico de precisión es como un relojero de categoría. Si pierde el tacto está listo.

Y cuando Durval ya se alejaba, susurró:

—Lástima de chico. No creo que ya haga nada bueno. Un accidente como el que él sufrió es de los que marcan una vida.

Le miró alejarse lentamente y luego volvió la espalda, mientras se encogía de hombros.

* * *

Cuando uno tiene dinero, en París puede ir a muchos sitios. Pero cuando necesita ahorrar hasta el último centavo, ¿dónde puede ir?

Por la rué Longchamps adelante se llega a las grandes avenidas que penetran en el bosque de Bolonia. Allí hay aire puro, espacios abiertos, y a uno no le cobran ni un centavo. Por eso Durval, con su pequeña maleta donde estaban todas sus pertenencias, con su pierna rota y con su bastón de punta ya gastada, se fue hacia el mayor bosque de París.

En realidad no sabía a dónde ir. No tenía deseos de llegar a ninguna parte.

Pero los caminos que llevan al Sena, al final del bosque de Bolonia son interminables, y Paul estaba derrengado al cabo de media hora. En el cruce de los caminos a la Porte Dauphine y a la Porte Maillot, se sentó un momento a descansar. Luego continuó su camino, sintiendo, a pesar de su juventud, un frío mortal en el alma.

Anochecía cuando llegó al puente de Suresnes.

El puente de Suresnes cruza el Sena al final del bosque de Bolonia y penetra en un viejo barrio que en realidad podría decirse que ya no forma parte de París. Casas ruinosas, vetustas, sobre las que todavía parecen flotar las sombras de los personajes de Víctor Hugo y Eugenio Sué, se alinean a lo largo del Sena. Más allá, dominándolo todo, está el aristocrático Mount Valerian, pero la verdad es que la entrada de Suresnes pertenece a un París pobre y viejo, al París de otro siglo.

Paul se detuvo allí.

Sus ojos grises, penetrantes, duros, contemplaron las casonas sobre las que ya empezaba a flotar la neblina que llegaba desde el río. Las luces estaban encendidas, pero eso no disipaba la penumbra ni aquella rara sensación de inquietud que parecía llegar de todas partes. Hasta el sonido de su bastón al chocar contra el asfalto le pareció a Paul un sonido siniestro.

Bueno, ahora ya estaba allí. ¿Qué iba a hacer?

Suresnes quedaba alejado del centro de París, pero él tampoco tenía necesidad de vivir en el centro precisamente. Y los hoteles de Suresnes podían ser tan baratos como los de cualquier otro sitio, o más. ¿Por qué no?

Con la mirada, buscó uno.

Y el viejo edificio apareció ante él casi de repente, con sus ventanas ennegrecidas, su puerta pequeña, parecida a la de un

panteón, su cartel mohoso y la niebla del Sena envolviéndolo todo.

Era como uno de esos hoteles que se ven en sueños o en los decorados fantasmagóricos de una película.

Paul pensó:

«No sé cómo infiernos se llama, pero creo que siempre voy a llamarle del mismo modo: "El hotel de las Brumas".»

Al acercarse más pudo leer el rótulo: «Hotel Lemarque. Chambres». Y debajo, en letra más pequeña, un cartel con un vano intento para atraer a los turistas: «Rooms». «Freien Zimmer».

Pero aquello tenía el aspecto de no contar con un solo huésped, quizá porque en aquel tiempo las oleadas turísticas que cada año invaden París no habían pensado en hacer sus vacaciones todavía.

Paul entró, haciendo sonar su bastón.

Detrás del mostrador —un mostrador mohoso que debió ser construido en la época de Napoleón III— no había nadie.

El joven, que ya no podía dar un paso más, depositó su maletín en el suelo e hizo sonar el bastón nuevamente.

—Buenas noches —dijo en voz alta.

—Buenas noches —le contestó una voz más baja, detrás suyo.

Paul se volvió.

Y entonces sus ojos parpadearon dos veces.

La chica estaba sentada en una butaca de terciopelo rojo, junto a la pared del fondo, y había cruzado las piernas. Paul Durval, que había recorrido medio mundo con sus bólidos de carreras, se dijo que llevaba mucho tiempo sin ver unas piernas así. Magníficamente torneadas, largas, firmes, ceñidas por unas medias de la mejor calidad y rematadas por unos zapatitos inverosímilmente pequeños, hubieran hecho parpadear no sólo a él, sino a cualquiera.

Con voz suave, preguntó:

—¿Pertenece usted al hotel?

—Sí.

—¿Se la puede alquilar también a usted, o no va comprendida en el precio de la habitación?

—No suelo ir comprendida, pero pruebe. A lo mejor se equivoca, lo tiro escaleras abajo y se queda sin la otra pierna.

Paul acusó el golpe mordiéndose el labio inferior, pero se contuvo. Al fin y al cabo era él quien había lanzado la primera piedra. Tenía que aguantarse.

—Vale la pena —dijo, sin embargo, al cabo de unos instantes, mientras ella se ponía en pie—. Así, sin piernas, no tendrá usted más remedio que llevarme a la cama.

La chica —pues debía tener unos veintidós años solamente— hizo un mohín de hastío y pasó al otro lado del mostrador.

—¿Quiere habitación, sí o no?

—Sí, desde luego. Pero, ¿de qué precio las tienen?

—Aquí las hay de una sola clase. El hotel es viejo, ¿sabe? Un solo baño por piso, con sus servicios correspondientes. Nada de agua caliente. Podrá desayunar aquí, pero para las comidas principales habrá de ir fuera. Y se prohíbe rigurosamente cocinar en las habitaciones.

Paul señaló su pequeño maletín.

—Ya ve que no he traído mi vajilla. Pero, ¿de qué precio son las habitaciones? Aún no me lo ha dicho.

—Diez francos nuevos al día.

Diez francos nuevos, mil francos antiguos, ciento veinticinco pesetas, dos dólares... Lo mirase como lo mirase, el precio le convenía. Iba a resultar difícil encontrar algo más barato en París.

—Bien —dijo.

—¿Quiere una habitación con vistas al río?

—Tal vez será mejor, por si decido suicidarme.

—No se preocupe. El Sena queda bastante lejos. Documentación, por favor. Usted no es francés, ¿verdad?

Paul extrajo su pasaporte y lo depositó sobre el mostrador, al alcance de las manos de la chica.

—Americano, pero de origen francés. Por eso lo hablo bien. Hace relativamente poco que estoy en Francia.

Ella abrió el pasaporte y fue copiando meticulosamente los datos en un enorme libro registro.

—¿Profesión corredor de automóviles? —preguntó extrañada, al llegar a un determinado punto—. ¿Qué hace? ¿Los vende?

—No. Soy corredor en el más exacto sentido de la palabra. Hago carreras con bólidos deportivos. Me rompí esta pierna en las últimas «Veinticuatro Horas de Le Mans».

Ella le miró con más atención, entreabriendo su hermosa boca, de rojos y sensuales labios.

—Espero que aquí no sufra accidentes. Esto es muy tranquilo. Le

devuelvo su pasaporte, señor Durval.

Se lo tendió a través de la mesa, con una suave sonrisa. De pronto, parecía mucho más amable, mucho más simpática.

—Hay pocos huéspedes en esta época del año —añadió—. Yo me ocupo del hotel en ausencia de mi tío Jacques, ¿sabe? Lamarque, el que dio nombre a este establecimiento, era mi abuelo, y luego la familia ha ido continuando el negocio. Desgraciadamente, usted se dará cuenta de que en tan largos años han cambiado muy pocas cosas.

—Sí, ya veo.

—Hay quien opina que si esto lo transformásemos en museo ganaríamos más. Usted se reirá, pero hay un par de divanes del tiempo de María Antonieta. Desgraciadamente, los huéspedes que hay por este lado de Suresnes no dan para cambiar el mobiliario.

—Ya comprendo.

Aunque la chica hablaba de cosas que no tenían interés para Paul, a éste le gustaba su modo de expresarse. Le gustaba, sobre todo, el brillo mate de sus labios y la agitación de su seno cada vez que se inclinaba para decir con más intimidad alguna cosa.

—De todos modos, le daré una de las habitaciones mejores —prometió ella—. Está en el tercer piso.

Paul no dijo nada, pero por su involuntario gesto, notó ella que acababa de equivocarse.

—Perdone —dijo—. No recordaba lo de su pierna. A usted no le convendrá subir ni bajar muchas escaleras, claro. Tengo una habitación disponible en el primer piso, pero…

—Pero, ¿qué?

—No, nada. El huésped que la ocupaba ya no volverá.

—¿Está reservada para alguien?

—No. Lo que ocurre es que la ocupaba una persona que desapareció sin abonar la cuenta. Como se trataba de un cliente que ya había estado otras veces aquí, le he reservado su habitación por si se trataba de un error y él volvía. Pero ya no regresará, estoy segura. Puede usted ocuparla.

—Gracias.

—Puede que haya todavía algún objeto del señor Renaud, pero se los haré retirar en seguida. ¿Me acompaña?

—¿Cómo no?

Ella pasó delante. Tenía unos movimientos obsesionantes de caderas al subir los peldaños. Lástima que sólo se trataba de un primer piso.

—Aquí es.

—¿Por qué no me muestra también la habitación del tercero? A lo mejor me atrevo, señorita…

—Junot. Me llamo Nadine Junot.

—Pues digo que a lo mejor me atrevo, Nadine. He oído decir no sé dónde que los hombres tienen que ser valientes.

—Es inútil que intente subir más. Iba usted a perder… por varios motivos.

Paul comprendió. La chica no era idiota… ¡Oh, no! Cualquier cosa menos eso. Se daba cuenta en seguida de en qué parte del cuerpo se le posaban, como moscas, los ojos de los hombres.

Introdujo la llave en la cerradura y fue a abrir.

Pero de pronto, Paul la detuvo.

La detuvo con un gesto brusco, lleno de alarma, mientras la echaba hacia atrás.

Porque de la habitación salía sangre.

Un doble y espeso hilo de sangre que se filtraba lentamente por debajo de la puerta.

CAPITULO II

Nadine no se movió. Quedó quieta, como petrificada, contemplando aquel reguero de sangre que se filtraba por debajo de la puerta.

Paul susurró:

—No dé un paso. Déjeme.

Soltando el maletín para que chocase contra el suelo, Paul se apoyó en su bastón, y con la mano derecha terminó de girar la llave en la cerradura. La puerta cedió con un sonido quejumbroso.

Dentro se extendía ante los ojos una habitación iluminada sólo por los resplandores de la calle, y por el pequeño anuncio de neón que había en la fachada lateral del hotel. Pero era bastante.

Los ojos de Paul pudieron ver los muebles antiguos y solemnes, casi todos de hierro forjado, que había en la pieza. Pudieron ver el cobertor empapado en sangre y al individuo que estaba sobre él, degollado, con las manos abiertas y una expresión de absoluta incredulidad en el rostro.

Una auténtica carnicería. Una salvajada.

Paul Durval apretó los labios y volvió el rostro hacia Nadine, que continuaba quieta más allá de la puerta.

—Por favor, ¿se atreve a entrar?

—¿Es indispensable?

—Yo no conozco esto. Creo que no podré hacer nada si usted no me ayuda. Será un momento. ¿Puede?

Ella apretó los labios también, decidiéndose.

Puso los pies en el umbral y se detuvo con una intensa palidez, mientras apoyaba ambas manos en las jambas de la puerta, como si

necesitara aquello para mantenerse en pie.

—Está bien muerto —dijo Paul, con un soplo de voz—. Ya nada se puede hacer por él, excepto avisar a la policía. Pero, ¿lo conoce?

—Sí… Es… es el señor Renaud.

—¿El huésped que había desaparecido?

—Justamente.

—Pues es extraño, porque han debido matarle hace apenas una hora. ¿Dónde está el teléfono?

Nadine señaló al fondo del pasillo, y Paul se dirigió hacia allí, pero no llegó a alcanzar el aparato.

Porque en aquel momento, en una de las habitaciones superiores del hotel se oyó un horrible grito de angustia.

CAPITULO III

El grito de angustia pareció estremecer hasta lo más hondo las viejas entrañas de la casa.

Paul miró hacia arriba, pues el grito había procedido de uno de los pisos superiores. Vio a Nadine apoyarse en la pared, vacilar, perder del todo la serenidad que parecía haber ganado en los últimos instantes.

Fue Nadine la que susurró:

—¡Cielos!

—Pero, ¿quién ha gritado así? —musitó Paul—. El cadáver lo hemos visto nosotros y nadie más. ¿Qué ocurre?

—Puede verlo usted mismo...

Con la mirada, Nadine señalaba hacia arriba, hacia los pisos superiores, donde el grito acababa de sonar. Paul fue a correr hacia las escaleras y se detuvo de pronto con un gesto de vivísimo dolor. Al apoyarse inesperadamente en la pierna izquierda, el hueso debió moverse. Paul tuvo que doblarse con todo su peso sobre la barandilla, para no caer, y apretó los dientes hasta tener la sensación de que se los destrozaba, para no lanzar un alarido.

—¿Qué le pasa? —susurró Nadine—. ¿Se ha hecho daño?

—La pierna...

—Entonces no se mueva de aquí. Yo misma iré a ver lo que ocurre.

—Espere... Tal vez haya peligro... La acompañaré como sea.

Empezó a subir llevando la pierna izquierda colgada, y apoyándose sólo en la barandilla y en el bastón. Un piso más arriba vio dos puertas entornadas por la que aparecían dos hombres de

media edad, que se miraban atónitos. Una tercera puerta, al fondo del corredor, estaba cerrada.

Nadine pasó delante y se dirigió precisamente hacia allí, hacia aquella puerta cerrada del fondo del pasillo.

La abrió suavemente, como si temiera turbar el sueño de alguien, y de pronto lanzó un ronco gemido.

—¡ Danielle!

Paul, que llegaba a continuación, pudo ver lo que había hecho lanzar aquel ronco gemido a Nadine. Era otra mujer.

Aquella mujer, más joven que Nadine, pues debía tener unos veinte años, estaba caída en el suelo, sin preocuparse ni poco ni mucho de la posición de su falda. Iba vestida con un dos piezas gris, llevaba zapatos también grises de alto tacón y medias oscuras, cuyo final era posible apreciar a causa de la situación de la falda. Pero no era eso lo que llamó mayormente la atención de Paul, a pesar de que éste era de los que saben distinguir cuando están en presencia de unas buenas piernas.

Lo que le llamó más la atención fue el rostro de la muchacha.

Un rostro que denotaba terror, angustia y una insalvable desesperación.

Paul entró apoyando todo el peso de su cuerpo en el bastón que sujetaba con la mano izquierda.

Nadine entró con él, mientras musitaba:

—Por favor, cierre la puerta.

El cerró.

La muchacha siguió en el suelo, con lágrimas en los ojos, mientras todo su cuerpo era estremecido por largos espasmos de angustia.

Tardó bastante en darse cuenta de que estaba en presencia de un hombre, y entonces se arregló la falda.

La cercana luz de una pantalla la iluminaba perfectamente. Los cabellos rubios de la desconocida tenían un brillo mate que conjugaban perfectamente con el brillo del nylon de sus medias. Más allá estaba la ventana tras la que se veían las casonas de Suresnes, y encima de ellas se distinguía una luna limpia y redonda.

—¿Quién es? —preguntó Paul—. ¿La conoce?

—Claro que sí —musitó Nadine—. Es mi hermana Danielle.

—¿Menor que usted?

—Le llevo dos años.
—¿Y qué le ocurre?
Nadine le miró a través de la habitación, con los ojos lejanos y fríos.
—¿Es indispensable que se lo diga? ¿Qué derecho tiene usted a saberlo?
—Ninguno, salvo haber visto el cadáver que hay ahí abajo. Si hay alguna relación entre eso y lo que le ocurre ahora a su hermana, debe decírmelo. Será mucho mejor para los dos.
—¿Es que quiere ayudarnos?
Paul dijo francamente:
—Creo que nadie resistiría la tentación de ayudar a dos mujeres así.
—Pese a ello, no creo que su ayuda nos sea muy útil —musitó Nadine—. Este es un asunto de la policía, no nuestro.
—Pero, ¿qué le sucede a su hermana?
—Tiene crisis nerviosas... Esto le ocurre con cierta frecuencia, ¿comprende? Podría decirse que le sucede todas las noches de luna llena. Hay un nombre científico para eso, pero no lo recuerdo ahora.
—¿La ve algún médico?
—¿Cree que estoy loca? ¿Piensa que debo consentir que a mi única hermana la encierren en una clínica mental?
Paul entrecerró los ojos.
—Perdone —dijo pensativamente—. No creí que fuera tan grave.
Ayudó a Danielle a sentarse en el lecho de la habitación, que estaba junto a la ventana, a pesar de que la muchacha se resistió con todas sus fuerzas.
—¡No me toque!
—Se lo ruego. Es por su bien...
—Ahí no... ¡No me haga mirar la luna!
Nadine corrió las cortinillas de la ventana con un gesto seco. La luna llena y las casonas de Suresnes dejaron de verse.
—Le ruego que la perdone —dijo mirando a Paul—. Cuando sufre una de sus crisis, le cuesta mucho tratar con desconocidos.
—Lo comprendo. ¿Qué suele hacer para calmarla?
—Tiene que pasar un largo rato... Deje que se desahogue...
En efecto, Danielle parecía irse calmando poco a poco, aunque

sollozaba entrecortadamente, con la cabeza hundida sobre el pecho y las manos arañando el cobertor de la cama.

En aquel momento alguien golpeó con rudeza la puerta.

—Pero, ¿qué pasa? —gritó una voz ronca desde fuera—. ¿Qué es este hotel? ¿La sala de espera del infierno?

Nadine abrió, con aspecto derrotado. Se encontró ante los dos hombres de media edad que poco antes vieran ambos en los umbrales de sus respectivas puertas.

—Perdone, señor Bardien. Perdone, señor Clouzot... —dijo suavemente—. Mi hermana acaba de sufrir otra crisis.

—¡Otra crisis, otra crisis! —dijo de un modo teatral el llamado Clouzot, mientras alzaba los brazos al cielo. —Ya la había oído llorar otras veces, pero nunca como hoy. ¿Qué ha sucedido?

Paul, que estaba a un lado de la puerta, hizo un signo negativo con la cabeza, sin que lo vieran los otros.

—No ha ocurrido nada especial —dijo Nadine—. Simplemente, una crisis más fuerte que las otras. Les ruego que me perdonen. ¿No quiere usted cambiarse de habitación, señor Clouzot?

El llamado así bajó los brazos.

—Cambiarme, cambiarme... ¡Como si el llanto y los gritos de una mujer no se oyeran en todos los rincones de la casa!

—Se está usted comportando de un modo muy poco caritativo, señor Clouzot. Le ruego que lo comprenda. Mi hermana no tiene ninguna culpa de ser una pobre enferma.

El huésped lanzó un gruñido, meneando la cabeza.

—Bueno, tal vez tenga razón. Hay que tener paciencia con las personas enfermas, eso lo dicen todas las religiones. ¡Pero, diantre, a su hermana debería verla un médico! Nunca he visto a nadie que entrase a atenderla, a pesar de que salta a la vista que es una pobre lo...

Nadine no le dejó acabar de pronunciar la palabra «loca», que era la que iba a soltar de un solo golpe. Las facciones de la mujer se demudaron.

— Cállese! —gritó—. ¡Cierre su boca de una vez!

Los dos hombres quedaron lívidos. Nadine cerró la puerta, mientras a sus ojos asomaban las lágrimas.

—No tienen caridad... Les parece que a Danielle se le puede llamar cualquier cosa... ¡sólo por el hecho de que sufre crisis! ¡ No

comprenden que lo que ella necesita es que no lo mencione nadie!

Paul afirmó silenciosamente:

—Lo comprendo... Espere, tal vez le siente bien probar algo. Yo suelo llevar una botella petaca con coñac.

En efecto, la llevaba. Era una petaca chata y pequeña, que casi no hacía bulto. Paul la sacó del bolsillo posterior del pantalón e hizo beber a Danielle, que esta vez no opuso resistencia.

—Debe usted ser muy desgraciado —dijo Nadine en voz baja—. Todos los hombres que sienten la necesidad de llevar bebida encima lo son.

Paul contempló su pierna izquierda, que le dolía atrozmente, y pensó en que toda su fortuna eran quinientos francos. Dijo en voz baja:

—Sí, soy un desgraciado.

—Sin embargo, ahora recuerdo que he oído hablar de usted. Paul Durval... Oí hablar de usted en otro tiempo.

—El único consuelo de los que son algo famosos, es que puede compadecerlos más gente —susurró él.

Danielle pareció calmarse lentamente después de ingerir el licor. Sus manos, que antes arañaban el cobertor, se posaron suavemente sobre la falda.

Luego Paul miró a Nadine. Sus miradas parecieron chocar en el silencio espectral de la habitación.

—¿Hemos cerrado la puerta? —preguntó con suavidad—. ¿O lo hemos dejado todo abierto al oír el grito?

—Creo que hemos cerrado.

—De todos modos, la sangre se filtrará por debajo de la puerta. Es necesario evitar que alguien más haga el descubrimiento antes de la llegada de la policía. ¿Por qué no llama ya?

Nadine se retorció las manos nerviosamente.

—Espere... No quiero que encuentren a mi hermana así. Ella no tendrá serenidad...

—Está bien, vamos fuera. Supongo que ella estará mejor si la dejamos sola, ¿no es así?

—En efecto.

Salieron, notando que Danielle ni siquiera les mirara, Pero antes de que salieran del todo, ella despegó los labios.

—La luna... —la oyeron murmurar—. La luna en el espejo...

* * *

Las escaleras del viejo hotel aparecían ahora desiertas. Todas las puertas estaban cerradas. Por una ventana, situada a un lado del corredor, penetraba la luz de la luna.

Fue eso lo que hizo recordar a Paul la extraña frase de la muchacha.

—¿Qué quiso decir? —musitó—. ¿Qué quiso si significar con eso de la luna en el espejo?

—No sé… ¡Dice tantas cosas incomprensibles cuando sufre la crisis! Sin duda quiso decir que había viste la luna reflejarse en cualquier espejo de su habitación y esto le daba miedo.

—Imposible.

Nadine le miró con atención, alzando el rostro de repente.

—¿Por qué dice eso? ¿Por qué opina que es imposible?

—Por costumbre soy algo observador. Ninguno de los dos espejos que hay en esa habitación estaba situado frente a la ventana, de modo que era imposible que la luna se reflejase en ellos.

—¿Y qué quiere que le haga? —preguntó Nadine, con angustia —. ¿Cómo puedo dar yo una explicación a las palabras de una muchacha que está…?

No se atrevió a pronunciar la última palabra.

—Que está loca, ¿verdad? —terminó Paul—. Bueno, yo tampoco le he pedido ninguna explicación. Seguramente no podría darla ni ella misma. Pero ahora haga el favor de pensar con serenidad. ¿Qué es lo que va a decir a la policía? ¿Quién era el muerto?

—Ya se lo he dicho. Se llamaba Renaud.

—¿No habló de que había marchado sin pagar la cuenta?

—Sí, eso es.

Nadine hablaba como aturdida y sin dejar de dirigir continuas miradas a la habitación de su hermana.

—Entonces —continuó Paul, en voz muy baja—, ¿cómo pudo entrar en el hotel? ¿Cómo es que nadie lo vio?

—Es muy fácil. Si por alguna razón quiso entrar sin ser visto, pudo hacerlo. El sabía perfectamente que está ausente mi tío y que yo he de cuidarme de todo, lo que me impide a determinadas horas

estar en el «comptoir» del hotel. Por ejemplo, cuando dirijo la limpieza de los pisos superiores y cuando hacemos el recuento diario de la ropa, he de ausentarme durante algunos minutos. El señor Renaud lo sabía. Pudo aprovechar alguno de esos momentos para entrar, pensando marchar del mismo modo.

—¿Con qué objeto?

—Muy sencillo. Pensaría llevarse sus últimos objetos personales y desaparecer sin haber pagado la cuenta.

Paul reconoció, en silencio, que la muchacha tenía razón.

—Pero Renaud era un sujeto inofensivo, ¿verdad? ¿A qué se dedicaba?

—Era representante. Viajaba con frecuencia, y siempre paraba aquí cuando le tocaba hacer el recorrido de los almacenes de París.

—¿Por qué pudieron matar a un hombre así? Y degollarlo de una manera tan salvaje. ¿Por qué?

Nadine se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos, abrumada, como si una enorme campana sonara estruendosamente dentro de su cráneo.

—¿Cómo puedo explicarlo yo? Pero, ¿es que no se da cuenta de que no sé qué pensar?

—Tiene razón… Le estoy haciendo unas preguntas que usted no puede contestarme. Pero es que no quería que usted se aturdiese ante la policía. Aunque eso sea una estupidez me dolería que una mujer como usted fuera considerada sospechosa, detenida tal vez por no saber dar una explicación. Bueno… —la pierna le dolía tan horriblemente que ya no le era posible resistir más. —¿Avisa usted a la policía? Tendrá que darme una habitación donde tumbarme, porque mi pierna ya no aguanta. Pero no me dé la que me tenía destinada. No me dé la del cadáver, cuerno.

—Tendrá que ser una de este piso.

—Bueno, ¿qué más da?

—En cuanto pueda le trasladaré, si es que no me cierran el hotel.

—¿Por qué van a cerrarlo? En cualquier lugar puede cometerse un crimen. Vamos, diga a dónde puedo ir.

Nadine abrió silenciosamente una puerta.

La habitación en que entraron era más espaciosa que las demás y tenía dos ventanas con vistas sobre el río. Lo único malo para Paul

era estar situada en el segundo piso, a causa de su pierna. Pero ahora todo le parecía bueno, con tal de descansar.

—Esto duele como si la estuvieran cortando a lo vivo. Me parece que he estropeado en unos minutos todo lo que había ganado en el hospital de Le Mans.

—¿Quiere que llame a un médico?

—¿Para qué? Creo que tendrán que hacerme unas radiografías. Ande, llame ante todo a los gendarmes y acabe con este maldito asunto de una vez.

—Sí. Lo haré en seguida. Claro que sí...

Nadine fue hacia la puerta, pero antes de abrirla se detuvo mirando a Paul. Le miró con unos ojos que ahora eran dulces, balanceando sin querer sus caderas obsesionantes y adelantando sin darse cuenta una de sus bonitas piernas.

—Señor Durval...

—¿Qué?

—Quiero decirle que le estoy muy agradecida. Mejor dicho, mi hermana y yo lo estamos, aunque ella no haya podido manifestarlo. Sin conocernos se ha molestado por nosotras, nos ha ayudado...

Paul susurró:

—Cualquiera lo hubiese hecho.

Y miraba cínicamente las piernas de la muchacha. Ella lo notó y se retiró poco a poco, cerrando detrás suyo la puerta.

Unos minutos después ya se oían los angustiosos golpes de sirena de la policía atravesando el puente de Suresnes y dirigiéndose hacia la calle donde estaba el Hotel Lamarque.

Paul Durval esperó a que lo interrogasen tumbado en la cama de su habitación, respirando fatigosamente y sintiendo como el dolor de la pierna llegaba a oleadas hasta el fondo de su cerebro.

CAPITULO IV

El interrogatorio de Paul fue breve y sencillo. En realidad no había motivos para que fuese de otra manera.

Un comisario llamado Prevost, y que había llegado de Argelia dieciocho meses antes, se limitó a tomar nota de las señas personales de Paul, a hacerle contar lo que había visto y a exigirle su pasaporte. Luego le pidió que no se marchase de París, por si era necesario interrogarle de nuevo.

—¿Cómo quiere que me marche si para transportar esta pierna necesito una grúa?

—Sí, ya veo. Se la ha partido a modo, ¿eh?

—Por tres sitios.

—Mejor, amigo. En casos como éste, lo que conviene es meter la cabeza debajo del ala y estarse quieto.

Paul lanzó un gruñido y volvió a tumbarse en la cama, mientras el comisario salía. Para calmar los dolores, tomó unas pastillas de somnífero y acabó el contenido de su petaca de coñac.

Con esto, media hora después consiguió dormirse.

Mientras estaba con los ojos cerrados, entró Nadine silenciosamente y le puso en la mesilla, junto al lecho, una bandeja con unos emparedados y una botella de cerveza. Luego volvió a salir tan silenciosamente como había entrado.

Paul despertó mucho más tarde.

Al abrir los ojos, tuvo que cerrarlos de nuevo porque un brusco resplandor casi le molestaba. Tardó bastante en darse cuenta de que era el resplandor de la luna llena, cayendo casi verticalmente sobre su rostro, a causa de estar el lecho contiguo a una de las ventanas.

Durval se pasó una mano por la frente, intentando despejar las nubes de una pesadilla que no había dejado de atormentarle durante el sueño.

«La luna en el espejo»… «La luna en el espejo»… ¿Qué infiernos habría querido decir Danielle?

Paul tomó su bastón y dominando los dolores, se puso en pie silenciosamente, caminando hacia la puerta.

CAPITULO V

La escalera de peldaños retorcidos, doblados por el peso de varias generaciones, parecía ascender entre las sombras. Todo el piso estaba en silencio, y sólo se oía el gotear de un grifo mal cerrado y el tic-tac muy leve de una ventana al ser sacudida por el vientecillo fresco de la noche. Pero en aquel momento hasta unos sonidos tan leves retumbaron en el cerebro de Paul.

Este se apoyó en el bastón.

La pierna le dolía tanto que no estaba seguro de poder llegar hasta el piso superior, pero de todos modos, decidió intentarlo.

«Es ridículo —pensó—. Ahora hasta un niño podría vencerme y echarme a rodar escaleras abajo.»

Empezó a ascender.

Lo hizo con infinitas precauciones, para que su bastón no causara el menor ruido. Pero dándose cuenta de que ello sería muy difícil, se apoyó en la barandilla y alzando el bastón hasta la altura de sus ojos envolvió su punta con un pañuelo, el cual ató sólidamente por medio del cordón de uno de sus propios zapatos. Hecho esto, ya pudo avanzar sin temor a ser oído.

En uno de los descansillos, donde había una ventana, la luz de la luna dibujaba en el suelo fantasmales reflejos.

Paul sintió que algo se le erizaba en la piel y que una sensación desconocida llegaba hasta la punta de sus cabellos.



Lo que vieron allí, les dejó petrificados

El pañuelo blanco atado a la punta del bastón produjo el efecto de un ser vivo que se arrastrara entre las sombras.

Paul llegó al piso superior.

Allí el silencio era aún más denso, más tenebroso que en el

primer piso. Ni siquiera se oía el gotear del grifo ni el tic-tac de la ventana. Daba la completa y angustiosa sensación de haber llegado a una tumba.

Siempre avanzando silenciosamente, Paul fue hacia la habitación de Danielle, donde ya había estado con anterioridad.

Hizo girar con mucha suavidad el pomo de la puerta.

Esta no cedió.

Danielle había cerrado por dentro.

Respirando anhelosamente, como si estuviera muy cansado, Paul dejó el pomo y fue tanteando la pared hasta llegar a otra puerta. Esta cedió. Por lo visto, la persona que se encontraba allí no había tenido tanto miedo como Danielle.

Paul vio una habitación iluminada también por el resplandor de la luna. Sobre una butaca estaban dobladas unas prendas de mujer: una falda de algodón, unas medias, un liguero y una blusa. La dueña de todo aquello estaba tendida en el lecho y dormía acompasadamente. No llevaba más que un pijama transparente que permitía ver su cuerpo con casi absoluta claridad.

Pero a Paul no le interesaba ver a mujeres más o menos desnudas.

Cerró la puerta suavemente, sin hacer el menor ruido.

Luego siguió avanzando.

Había otra puerta cerrada y otra más cuyo pomo cedió al hacerlo girar él con suavidad.

En aquella nueva habitación el ocupante era un hombre. Un tipo de unos cincuenta años, grueso como una ballena, que a cada expiración de aire hinchaba las sábanas como las velas de un navío. Si a Paul Durval no le había interesado la mujer del pijama transparente, este hombre le interesó mucho menos, de modo que cerró la puerta con la misma suavidad.

Por unos momentos pareció desorientado, quieto en el centro del pasillo y con el cuerpo parcialmente bañado por la luz de la luna.

Luego siguió avanzando.

Al fondo del pasillo había una puerta sin pintar, más pequeña que las otras, y que a diferencia de las demás no tenía número. Paul se dirigió hacia ella sintiendo cada vez más intensamente el dolor en su pierna izquierda. Unas gotitas frías de sudor habían aparecido en sus sienes.

Hizo girar el pomo de aquella última puerta, que también cedió a la leve presión.

Paul penetró silenciosamente en aquella habitación que era como un desván y tenía un techo abuhardillado, como los que tantas veces han aparecido en las películas sobre los pintores bohemios de París. Multitud de trastos viejos e inservibles se amontonaban en aquel recinto.

Antiguos maniquíes despanzurrados, palanganas desconchadas, un lavabo inservible y arrancado casi de cuajo, alfombras deshilachadas, dos colchones doblados y atados con bramante... Todo allí era viejo, inútil, un poco siniestro. Pero no fue el clima de la habitación, el clima obsesionante que formaban todos aquellos objetos lo que hizo que otra vez Paul sintiera aquella sensación extraña en la punta de sus cabellos.

Porque allí había también un espejo, un espejo enmarcado en madera carcomida, procedente de uno de esos viejos tocadores que las damas usaron antaño.

¡Y sobre ese espejo, entrando por los cristales del techo, se reflejaba la luna!

CAPITULO VI

Paul tragó saliva lentamente, mientras sus facciones se tensaban formando una mueca.

Sin duda aquella era la habitación a que había hecho referencia Danielle cuando habló entrecortadamente. Por alguna causa u otra, ella relacionaba el crimen con aquel lugar. El lugar donde la luna se reflejaba claramente sobre un espejo.

Mientras lo miraba, los músculos de Paul sufrieron una sacudida.

El no había dejado la puerta cerrada del todo, sino entornada solamente. Por el hueco podía verse un pedazo del corredor. Y aunque él no miraba hacia allí, por el rabillo del ojo pudo ver la sombra que pasaba suavemente ante la puerta.

Aquella sombra no produjo el menor ruido, como si fuera una alucinación, pero Paul se dio cuenta de que correspondía a un ser humano real y tangible. A un hombre concretamente.

Apoyándose en el bastón, dio un par de pasos.

La puerta crujió levísimamente al abrirla del todo él para ver el pasillo. La luz de la luna, por una ventana situada al fondo, lo iluminaba casi por completo. Paul no pudo ver allí ninguna presencia humana, pero en cambio se dio cuenta de que pocos pasos más allá había un recodo que quedaba enteramente sumido en sombras.

Paul avanzó.

Llegó al recodo en silencio, como una sombra más, y de repente, sus ojos se encontraron con los de aquel hombre.

Fue un choque instantáneo, brutal, en el cual las miradas de los

dos parecieron despedir fuego.

El hombre retrocedió un paso, saliendo a la zona de luz. Pudieron verse claramente sus ropas de buena calidad, su reloj de oro, su perla auténtica adornando la corbata y sus facciones sudorosas.

El hombre estaba asustado, pero en sus ojos había algo reluciente, febril, como lo hay en los ojos de una fiera que se dispone a saltar contra otra.

Paul Durval actuó rápidamente. No perdió más allá de un par de segundos en los preparativos.

Apoyándose en su pierna derecha, alzó a medias el bastón y desenroscó la empuñadura con dos veloces movimientos. Su gesto fue tan rápido y denotó tanta maestría, que en cierto modo el otro hombre no pudo preverlo, a pesar de estar viéndolo con sus propios ojos. Y luego entrechocaron lúgubremente los dientes de Paul.

Del mango del bastón había brotado una espada corta, afilada como una navaja de afeitar. Aquella espada estaba unida a la empuñadura del bastón, formando en realidad un arma terrible por su fácil manejo.

Volvieron a entrechocar los dientes de Paul.

Mientras el hombre saltaba, él movió su puño derecho, con el que sostenía el arma. La hoja se clavó hasta el fondo en el corazón, y Paul la volvió a sacar instantes después, tinta en sangre.

El hombre no había exhalado ni un solo gemido. Boqueaba angustiosamente, mirándose la herida del corazón, de la que apenas había brotado unas gotitas de sangre.

Pero no estaba muerto.

Paul, antes de que cayera, le atravesó otra vez con la hoja de acero, alcanzándole casi en el mismo punto. Ahora sí que la herida fue mortal instantáneamente. El hombre vaciló y Paul lo sostuvo a medias para que su caída no produjera estrépito. Aún así se escuchó un golpe blando, pastoso, cuando el cadáver se desplomó sobre el piso de madera.

Paul Durval limpió la hoja ensangrentada sobre las mismas ropas del cadáver y luego la introdujo en el mango, atornillando la empuñadura y dejando el bastón como lo que antes parecía: como un inofensivo instrumento que apenas podía causar daño a nadie.

Las gotitas de sudor frío se habían hecho más intensas en la

frente de Paul, pero en sus ojos brillaba una decisión fanática, un fulgor fiero que parecía no haber tenido nunca.

Otra vez volvió a apoyar el bastón en el suelo para poder utilizar su pierna izquierda.

Le quedaba por hacer una cosa difícil, que era ocultar el cadáver. Pero Durval no se inmutó. Flexionando su brazo derecho y haciendo gala de una fuerza hercúlea, logró arrastrar el cuerpo inerte a lo largo del pasillo, hasta llegar a la puerta que daba al desván. El cadáver no produjo más que un suave roce al ser deslizado por las tablas del suelo, mientras que la sangre salía por la herida en forma de pequeñas bocanadas que sin embargo, no llegaban a manchar el pavimento.

Paul Durval entró en la habitación y cerró suavemente la puerta.

CAPITULO VII

El comisario Prevost parecía estar al borde de un ataque de locura,

Sus sienes se habían vuelto intensamente rojas, y en ellas palpitaban unas venitas que parecían ir a estallar. Le temblaban las manos, y sus facciones, en contraste con las sienes, estaban espantosamente lívidas.

Dijo mirando a Paul:

—Es usted el último huésped a quien interrogo. He hablado ya con todos y de todos he obtenido una explicación satisfactoria. El único que falta es usted. No me diga que no sabe nada porque soy capaz de enviarle a la Prefectura y de acusarle de delitos contra la seguridad del Estado. Luego veremos lo que pasa, pero le juro que usted se lleva setenta y dos horas encerrado en una celda. ¡Piénselo bien!

Paul, que estaba sentado en una silla, junto a la ventana, con la pierna izquierda apoyada en otra silla, le miró con atención.

El comisario era un hombre sanguíneo, violento y excitable, que necesitaba descargarse vociferando cuando la tensión de sus nervios podía más que él.

—¿Que he de pensar? —susurró Paul calmosamente.

—Por ejemplo, en el paradero de Steyr.

—¿Quién es Steyr?

—¡Usted la sabe perfectamente! ¡Lo sabe porque fue usted quien le mató!

Prevost le señalaba con el dedo como si fuera a ensartarle con él. Paul fue a moverse y la pierna respondió al leve esfuerzo con un

agudo ramalazo de dolor.

—¿Cómo voy a matar a nadie? —dijo sin perder la calman—. Mi pierna está rota. ¿Cree que voy a ir persiguiendo por los pasillos del hotel a personas que corren más que yo? Hasta un niño se daría cuenta de que apenas puedo moverme. Claro que nadie ha dicho que un comisario de policía sea tan inteligente como un niño.

Prevost pareció masticar su propia saliva mientras le miraba como un animal que se dispone a embestir.

—Lo de la pierna puede ser un cuento. Es más, creo estar seguro de que lo es. Pero he llamado a un médico para que le examine.

—Se llevará una buena sorpresa, comisario. Lo de que tengo la pierna hecha cisco es cosa que todo el mundo sabe. Me la convertí en papilla en Le Mans durante la última carrera.

—Pero puede haberse curado ya.

Paul se encogió de hombros.

—En fin, si usted lo cree, ¿para qué vamos a hablar de eso? Me alegro de que haya llamado a un médico. Él le demostrará que tengo razón,

—Pero puede andar, ¿no?

—Con mil dificultades.

—Ya es bastante para poder matar al hombre de que hablo. Según y cómo, hasta un paralítico hubiese podido eliminar a Steyr.

—Repito que lo primero que tiene que decirme es quién era ese maldito Steyr.

El comisario se unió ambas manos sobre la espalda y caminó unos pasos a lo largo de la habitación, haciendo un verdadero esfuerzo por calmarse.

—Empezaré por el principio otra vez —dijo—. La misma historia que he contado a los otros huéspedes se la contaré a usted por segunda o tercera vez. Steyr era, como tantos otros que se alojaron en este hotel, un vendedor de géneros a comisión. El representaba accesorios de automóviles.

—Fue eso lo que le hizo pensar en mí, ¿verdad? Yo soy mecánico y corredor profesional. Ha pensado que una cosa tenía relación con otra, ¿eh? ¡Bonita y luminosa idea!

—No diga tonterías.

—¿Asegura que no ha pensado eso?

—Bueno, puede que de una manera inconsciente tal vez lo haya

tenido en cuenta. Un corredor profesional de carreras de automóviles y un vendedor a comisión de accesorios para coche pueden tener alguna relación, aunque sea remota. Pero no es eso lo que me ha hecho pensar en usted. Han sido otras dos cosas.

—¿Cuáles?

—La primera que todos los otros huéspedes son conocidos de la policía como personas respetables, y eso aleja en gran parte las sospechas. Quizá usted sepa que entre los huéspedes hay también una «femme-taxi», una prostituta de las calles de París, pero ella es incapaz de matar a una mosca. La segunda razón es que desde que llegó usted al hotel, ayer por la noche, se han descubierto ya dos crímenes.

—Pura casualidad. Además, la señorita Nadine le dirá que descubrí el primer cadáver junto a ella, y por tanto, no pude ser el autor de esa muerte.

—O quizá se buscó una ingeniosa coartada. Hay momentos en que cualquiera puede entrar en el hotel sin ser visto. De la misma forma que entró la víctima, pudo hacerlo usted, para salir, igualmente sin ser visto, una vez cometido el crimen. Luego no había más que pedir una habitación, como el que acaba de llegar, y ser de los primeros que descubrieran el desaguisado. No sería mala idea.

—Sería la peor de todas —dijo Paul, calmosamente—. Si yo hubiera logrado cometer un asesinato sin que nadie me viese, lo mejor sería desaparecer e irme bien lejos. Cualquier cosa que me aproximara al lugar del crimen sería aproximarme al peligro.

—Eso es lo lógico, pero los asesinos no tienen lógica —murmuró Prevost—. Todos los policías sabemos bien que el escenario del crimen les atrae misteriosamente, que es como un imán para ellos. A veces no pueden explicarlo, pero es así. Todos vuelven. ¿Por qué había de ser usted una excepción? ¿Por qué no pudieron suceder las cosas como yo digo?

—Sí, claro… Todo puede ocurrir en este mundo, hasta lo más absurdo. Pero, ¿y el segundo cadáver, el de Steyr? ¿Cómo puede asegurar usted que exista si aún no ha sido descubierto?

El policía resopló lentamente.

—Steyr ha desaparecido, y hemos encontrado unas levísimas manchas de sangre en el pasillo del segundo piso. Razón más que

suficiente para deducir que se ha cometido un segundo crimen.

—¡Pero habrían hallado el cadáver!

—¿Hallarlo? —Prevost rió malignamente, mientras miraba hacia la ventana—. Puede que no sea tan sencillo, amigo. ¿Sabe usted que Steyr, además de corredor de piezas de automóviles, tenía una segunda profesión?

—¿Sí? ¿Cuál?

Prevost dijo lentamente:

—Brujo.

Luego avanzó hacia un ángulo de la habitación, donde estaba apoyado el bastón de Paul, y lo sopesó lentamente, con mirada apreciativa. Paul sintió que se le paralizaba la respiración y que se le secaba la saliva en la boca.

Pero el comisario terminó dejando el bastón en su sitio con una suave sonrisita.

Al mirar hacia Paul Durval, interpretó mal la expresión de alivio de éste.

—No se preocupe... Esto no ha terminado todavía —musitó—. Aunque me vaya, volveré una y cien veces, mientras haga falta. Y el médico vendrá también. ¡No va a librarse de nosotros tan fácilmente!

Abrió la puerta de la habitación y salió lentamente, mientras Paul sentía que unas gotas de sudor nacían en su frente.

Con voz velada susurró para sí mismo:

—¡Brujo!

CAPITULO VIII

Sí. Aunque resultara absurdo tenía que pensar en ello. Aunque fuera como una de esas cosas que sólo suceden en las pesadillas, tenía que comprender que era la más absoluta realidad.

Durante horas y horas, mientras estaba quieto junto a su ventana, soportando los dolores de su pierna, Paul Durval estuvo dando vueltas a aquel suceso incomprensible.

Desde su ventana veía, por encima de las tapias de un sucio solar, el puente de Suresnes, el Sena y un pedazo del bosque de Bolonia. Largas filas de coches y de autobuses verdes enfilaban la avenida, doblaban por el puente y se dirigían a gran velocidad hacia el hipódromo de Longchamps, el Parque de los Príncipes, la Porte Maillot o la Porte Dauphine. Era imposible aburrirse allí, y Paul hubiera logrado incluso distraerse a ratos de no ser por el dolor insoportable de su pierna.

Dos horas después de marcharse el comisario Prevost, y sin que nadie más hubiera entrado en la habitación, llegó el médico forense enviado por la policía.

Era un tipo pequeño, esmirriado y que olía a tabaco a una milla de distancia. Pero resultó ser un tipo hábil y que conocía su oficio.

—Me envía el comisario Prevost —anunció—. Dice que usted le ha camelado con el cuento de una pierna rota.

—¿Ah, sí? Pues no tengo el pie al revés por casualidad. Me estoy sujetando los huesos con alfileres.

—Vamos a verlo.

Al médico le bastó palpar la pierna durante medio minuto para convencerse de que aquello estaba muy mal.

—Esta fractura es bastante antigua, ¿no?

—Desde las Veinticuatro Horas de Le Mans.

—Pues se le ha vuelto a reproducir, amigo. Tiene la pata izquierda hecha cisco y no puede continuar así. Debe de dolerle mucho, ¿no?

—Hay momentos en que resulta insoportable, pero me aguanto.

—Pues no puede continuar así. Hay que hacerle una radiografía y cambiar el enyesado. ¿Tiene usted médico que le atienda?

—No he llamado a nadie. Sólo me quedan quinientos francos en el bolsillo, he de pagar el hotel, no tengo trabajo y estoy lisiado. ¿Cree que encima puedo gastar dinero en médicos?

—Peor será si tiene que gastar dinero en enterradores. Esto no puede continuar así. Venga conmigo; le llevaré al Hotel Dieu.

El Hotel Dieu, como sabe todo el mundo, es el mayor hospital de París, situado casi enfrente de la catedral de Notre Dame. Paul miró con interés al médico.

—¿Qué gana usted molestándose por mí? Según su amigo, el comisario Prevost, sólo soy un asesino.

—Aunque eso fuera verdad, yo debería atenderle... Además, ¿qué sabe Prevost? He estado husmeando por ahí antes de entrar en su habitación y sólo hay una leve mancha de sangre en un pasillo. Dándose, además, la circunstancia de que ese tipo llamado Steyr ha desaparecido, cualquiera podría creer en un crimen. Pero ése no es asunto mío.

—¿No hay ni rastro del cadáver?

—Ni rastro. Pero repito que ese no es asunto mío. A mí sólo me han enviado a ver si era verdad que tenía la pierna rota, y la tiene. De modo que voy a atenderle. ¿Podía bajar hasta la puerta? Tengo el coche en la calle.

—Lo intentaré.

Paul hizo un gran esfuerzo, logró ponerse en pie, y ayudado por el médico, llegó a la planta baja. Allí esperaba un feo «Simca 1.000», color verde. Subieron a él y enfilaron a buena velocidad el puente de Suresnes, en dirección a la avenida del Mariscal Foch. Desde el Arco de Triunfo fueron, a través de los Campos Elíseos, a la Plaza de la Concordia, y una vez allí doblaron, en difícil travesía, para alcanzar Notre Dame y el Hotel Dieu.

En el hospital, Paul fue sometido a un minucioso

reconocimiento. Le fue tensada la pierna, se le cambió el vendaje y el enyesado y se le aplicó un calmante. Luego el mismo medico le volvió a dejar en el hotel Lamarque

—¿Le duele?

—No, ahora no.

—Le conviene comer un poco y luego dormir, si puede. He visto antes que en su mesilla tenía una bandeja con unos bocadillos.

—Los habrán dejado alguien allí durante la noche pasada, mientras yo dormía. Pero no los he tocado.

—Pues le conviene comer. Luego tome una aspirina y duerma.

Paul prometió hacerlo así. Al entrar en el hotel vio en el «comptoir» a Nadine que apuntaba unos datos en el libro registro. La muchacha estaba intensamente pálida.

—¿Ya le han dejado libre, señor Durval?

El se detuvo para mirarla, mientras apoyaba en el bastón todo el peso de su cuerpo. La muchacha, aunque quería aparentar serenidad, respiraba agitadamente. Su busto subía y bajaba de un modo obsesionante al compás de aquella respiración.

—No he estado detenido hasta ahora, Nadine. Pero parece que el comisario Prevost no me las ha deseado muy felices. ¿Qué sabe de su huésped desaparecido, el señor Steyr?

—Nada.

Paul sintió que se tensaban los músculos de su cuello y se acercó al «comptoir» lentamente.

—¿Nada?

—Hemos registrado todo el hotel, incluso mi habitación y la de mi hermana. No estaba.

—Pero este hotel es viejo. Debe de haber doce mil rincones.

—Lo hemos mirado todo bien —dijo ella firmemente.

—¿No tendrá todo esto una explicación más sencilla? ¿No se habrá largado Steyr por la noche, sin abonar la cuenta?

—¿Dejando el equipaje en su habitación? Sólo la ropa que hay allí ya vale más que el importe de la factura. Además…

—Además, ¿qué?

—Está la mancha de sangre. El comisario Prevost me la enseñó. Dice que es muy pequeña y que no puede haber brotado de ninguna herida. Más bien debió resbalar desde el cuerpo al suelo, en forma de gotas.

Paul sintió que los músculos de su cuello se tensaban otra vez.

No había tenido en cuenta aquello.

—Y no es eso sólo —siguió diciendo Nadine, mientras aumentaba su palidez—. También hay unas suaves huellas en el polvo que siempre se deposita durante la noche, indicando que seguramente el cadáver fue arrastrado por otra persona.

Ahora, Paul sintió contraérsele la garganta.

El polvo... El polvo que es tan visible en los pasillos de madera. He aquí otro detalle que no había tenido en cuenta.

—Lo inexplicable es que si hay un cadáver no haya aparecido —dijo, sintiendo que a él también se le alteraba la respiración.

Nadine susurró con los labios apretados:

—Eso es lo que no comprendo.

—¿Es cierto que Steyr... era brujo?

—¿Qué quiere decir?

—Pregunto si se atribuía poderes mágicos, además de vender piezas de repuesto para coches. Si adivinaba cosas, si hacía desaparecer objetos... En fin, toda esas cosas que la gente atribuye a la magia.

—Algo así podía ocurrir —musitó Nadine.

—¿Cómo lo sabe?

—Una vez, estando mi hermana presente, le robó sin que se diera cuenta un collar que ella llevaba al cuello, y lo hizo aparecer dos pisos más arriba, en una habitación cerrada.

—Se trataría de un truco, supongo. Uno de esos trucos de teatro que a veces nos parecen increíbles.

—No estoy segura. Steyr resultaba un tipo extraño.

—De todos modos no habrá tenido magia suficiente para hacer desaparecer su cadáver, supongo... en el caso de que lo hayan matado.

—No lo sé.

A Nadine se la veía preocupada, absorta en unos pensamientos que debían darle miedo, a juzgar por la arruga vertical, de profunda inquietud, que se había marcado en su frente.

Paul resolvió dejar aquel tema que también parecía inquietarle a él.

—Gracias por la bandeja que dejó anoche en mi mesilla —susurró—. Imagino que fue usted.

—Lo hice porque no quiero que se me muera de desnutrición antes de pagar la cuenta —respondió ella, con cierta acritud—. Pero no se preocupe... Ya se lo cargaré en factura cuando se marche... o cuando se lo lleven.

Paul la miró recto al fondo de los ojos.

Se miraron los dos con una intensidad casi brutal, despiadada, como si quisieran arrancarse el secreto que ambos guardaban en lo más profundo de su cráneo.

Por fin, Paul retrocedió poco a poco, siempre apoyado en su bastón, donde nadie sospechaba que hubiera una hoja de acero todavía parcialmente manchada de sangre.

—Procuraré no salir de mi habitación —dijo mientras se movía dificultosamente—. No sea que al cadáver de Steyr se le ocurra flotar por los pasillos, convertido en vampiro...

CAPITULO IX

Permaneció quieto hasta la noche, dejando descansar su pierna rota, mientras la pesadilla daba vueltas y más vueltas en torno a su mente torturada.

El cadáver había desaparecido. ¿Por qué?

Cuando él lo ocultó la noche anterior en el desván, daba por descontado que no podría tenerlo ni doce horas allí. Aunque oculto por los colchones y los trastos viejos que llenaban el recinto, el cuerpo se haría visible apenas alguien revolviese en busca de cualquier objeto. Por eso Paul había pensado descolgarlo a la noche siguiente hasta un solar que había tras el hotel, si eso era posible.

Por eso, cuando el comisario Prevost entró en su habitación por la mañana para hablarle del asunto de Steyr, Paul había pensado que el cadáver acababa de ser descubierto y que él estaba perdido.

Pero el comisario había comenzado su perorata con unas palabras incomprensibles: «¡Steyr ha desaparecido!»

¿Desaparecido?

El había logrado dominar sus nervios durante el interrogatorio, pero sabía que aquello no tenía sentido, no tenía lógica.

¿Cómo podía desaparecer el cuerpo de un hombre a quien él acababa de matar? ¿Quién se lo había llevado?

¿0 tal vez Steyr... *se había levantado él mismo?*

Mientras pensaba en todo esto, la noche cayó sobre los tejados de París. No fue una noche clara, como la anterior, cargada de luna, sino una noche tenebrosa.

Las luces de la capital teñían el cielo más allá del puente de Suresnes, más allá del bosque de Bolonia, pero en tomo al hotel

todo era silencio y sombras.

Los últimos ruidos propios del establecimiento fueron extinguiéndose. Las tinieblas lo envolvieron todo. El hotel, como la noche anterior, se transformó en una especie de tumba.

Paul cerró los ojos, sintiéndose descansado al fin, porque la pierna ya no le dolía.

Y de pronto, oyó aquel rumor.

Era un ruido que avanzaba a lo largo de las paredes. Que avanzaba lenta, calmosamente. Pero no avanzaba cerca del suelo, como hubiera sido lo normal... ¡sino cerca del techo!

Paul sintió que la saliva se le secaba en la garganta.

Abrió los ojos y a la débil luz que proyectaba sobre la ventana, el anuncio en neón del hotel, miró la puerta. Esta, como en muchos edificios viejos, no era de una sola pieza, sino que por encima de la hoja de madera quedaba una pequeña ventana de cristales transparentes, que podía abrirse lateralmente para que sirviese de respiradero a la habitación.

El reflejo del anuncio se proyectaba sobre aquellos cristales permitiendo ver la silueta de cualquier cosa que pasara tras ellos.

Pero, ¿qué iba a pasar por allí? ¿Qué va a pasar por delante de una ventana que está situada a casi un metro por encima de la cabeza de un hombre normal?

No obstante, el ruido avanzaba, avanzaba...

Seguía rozando el techo.

Paul hizo un esfuerzo para recobrar el ritmo de su respiración, y siguió mirando hacia los cristales, aunque la situación le parecía increíble.

Y de pronto, la vio.

La mano.

¡La mano grande, quieta, rígida, que pasaba lentamente por delante de la ventana!

* * *

Todos los músculos de Paul sufrieron un espasmo, y éste se transmitió a su pierna, que volvió a dolerle como si se la hubieran golpeado con una piedra.

La mano había pasado ya.

Paul se frotó los ojos, como si acabara de sufrir una alucinación. ¿Una mano a aquella altura? ¿Qué ser de este mundo o del otro podía tener un brazo de unas dimensiones semejantes?

Paul tenía la boca tan seca que se le habían pegado los labios. Le costaba respirar.

Acarició su bastón y fue hasta la puerta poco a poco, caminando como una sombra.

La puerta chirrió al abrirse.

CAPITULO X

En el pasillo no había nadie.

Como la noche anterior, sólo las sombras lo llenaban todo. Por las ventanas no entraba ni siquiera la luz de la luna, de modo que los contornos de las cosas eran irreconocibles.

Paul Durval volvió a extraer su pañuelo.

Volvió a atarlo cuidadosamente a la punta del bastón y avanzó con él una vez tuvo la seguridad de que no levantaría ningún ruido.

Una puerta se puso a oscilar levemente a impulsos de la brisa.

Arrastrando con dificultad su pierna rota, Paul avanzó. Se daba cuenta de que estaba cometiendo una imprudencia, porque era posible que al día siguiente no pudiese andar de ningún modo. Pero no podía quedarse con aquella incertidumbre clavada en el fondo del cráneo.

Fue tanteando las puertas. Todas estaban cerradas excepto la de la mujer de la noche anterior, que ahora ya no le cabía duda era la «femme-taxi», a que el comisario había hecho referencia. Esta dormía con el mismo pijama de nylon transparente y moviendo de una manera cadenciosa sus abundantes formas a cada compás de la respiración.

Paul ajustó la puerta.

Luego ascendió poco a poco por las escaleras, pensando que si el comisario Prevost había sido medianamente astuto habría un hombre o una cámara fotográfica situados cerca del lugar donde había sido encontrada la mancha de sangre. De modo que cometía también una imprudencia por aquel lado, pero no podía quedarse con la duda.

Sin embargo, el comisario Prevost no había sido astuto, al menos por aquella noche.

Paul empujó con muchas precauciones la puerta del desván, y a la débil luz que penetraba por la amplia claraboya lo vio todo como la noche anterior. Quizá alguna cosa estaba cambiada de sitio, lo que denotaba una búsqueda por parte de la policía, pero es muy difícil apreciar el desorden en un sitio que estaba desordenado ya.

Los ojos del recién llegado fueron hacia los colchones tras los cuales había ocultado el cadáver. Se atrevió a encender el mechero para examinarlos y se convenció de que en ninguno de ellos había manchas de sangre. Sin duda las heridas mortales de Steyr habían sangrado muy poco al acertarle de lleno en el corazón. Sus ropas estarían bastante manchadas, seguramente, pero sólo unas gotas habían caído en el pasillo cuando él arrastró el cadáver hasta allí.

Y ahora volvía la inquietante, la inexplicable pregunta:

¿Quién se lo había llevado?

¿Dónde estaba?

Mientras pensaba en todo, el roce de la mano junto al techo del piso inferior volvió a oírse. Era un sonido inquietante y extraño que ahora parecía llegar hasta los oídos de Paul atravesando el suelo.

Pero, ¿quién podía ser? ¿Quién podía tener una mano que llegara a semejante altura?

Con los ojos clavados en la puerta cerrada, Paul esperó, anhelante, conteniendo la respiración.

El sonido se fue extinguiendo poco a poco.

Lo extraño era que nadie en el hotel parecía prestarle atención, como si ya todos lo conocieran.

¿Por qué? ¿Qué clase de sitio era aquél? ¿Dónde estaba?

Todas estas preguntas se amontonaron en el cerebro de Paul cuando algo pareció moverse dentro de la habitación.

Fue como un leve roce de sedas. Paul aguzó el oído, mientras sus músculos se tensaban.

Los densos nubarrones que cubrían el cielo se desgarraron entonces en parte, y un pedazo de luna asomó sobre la claraboya. Sus resplandores cayeron sobre algo que estaba oculto entre varios maniquíes.

Un zapato de mujer.

Un zapato de mujer y una pierna que continuaba hacia arriba,

enfundada en una fina media.

No era una mujer muerta, sino una mujer viva. Una mujer deliciosamente viva y palpitante.

Paul apartó los maniquíes.

Danielle, la hermana de Nadine, estaba allí, quieta, apoyada en la pared. De haberse mantenido la luna oculta entre los nubarrones, él no la habría visto. La muchacha llevaba una bata azul muy fina, que podía confundirse con un salto de cama, la cual estaba desabrochada. Posiblemente se le había deshecho el nudo del cinturón mientras ella se encontraba allí, quieta, y no lo había anudado de nuevo para no levantar ningún ruido. Pero lo importante era que debajo de esa bata no llevaba más que la combinación. Y su cuerpo escultural, pujante de vida y de belleza, se mostraba ante los ojos del hombre como se mostraría una vedettte en una postal picante. El efecto que aquella muchacha producía allí, con los labios entreabiertos, con el busto palpitante, era para no olvidarlo nunca.

Paul sintió que su boca seguía estando seca, pero ahora por muy distinto motivo.

—¿Qué hace aquí? —susurró—. ¿Qué busca?

Ella, en lugar de contestar, le devolvió la pregunta.

—¿Y usted qué hace? Yo soy una de las dueñas del hotel y entro donde me da la gana. Pero, ¿y usted? ¿Por qué se ha movido de su habitación, si puede saberse? ¿Por qué?

Su tono no era duro, como lo había sido el de su hermana la primera noche, sino más bien ansioso. Paul susurró:

—He oído unos ruidos muy extraños.

—Ese no es motivo para que haya llegado hasta aquí.

—Ya lo comprendo. —Paul se dio cuenta de que su situación se había hecho más comprometida, al encontrar allí a la muchacha, que en cualquier momento podía delatarle—. Pero es que han ocurrido demasiadas cosas extrañas y me siento intranquilo. ¿No cree que eso puede haberle sucedido a cualquiera?

Sin advertirlo, sin que en ello interviniese su voluntad, miraba el cuerpo de la muchacha. Ella se dio cuenta y anudó de nuevo el cinturón de su batín, que se cerró sobre sus esculturales líneas como las cortinas de un escenario.

—Está bien —musitó—. Lo mejor será que los dos guardemos el

secreto de este encuentro. Vuelva a su habitación y yo volveré a la mía.

Por el tono ansioso de la voz de la muchacha, Paul comprendió que ella también sentía temor al haber sido descubierta. Y se dijo que tal vez esperaba allí por alguna razón sentimental, que tal vez tenía una aventura con alguno de los huéspedes del hotel. El no los conocía a todos, ni mucho menos, y podía haber alguno que hubiera conquistado hasta los últimos extremos a aquella deliciosa muchacha. De una forma instintiva sintió envidia de aquel desconocido, del hombre que podía acariciar a aquella muchacha, besarla, hacerla suya.

—Está bien —dijo roncamente—. Los dos guardaremos el secreto de este encuentro. Ahora permítame que salga.

Fue hacia la puerta. Ella se fijó en el pañuelo anudado al extremo de su bastón.

—¿Por qué ha hecho eso? ¿Para qué no le oyesen?

—No quiero perturbar el honesto sueño de los huéspedes de este hotel —dijo cínicamente Paul.

Y salió de la habitación.

Fue avanzando lentamente por el pasillo, como si quisiera descender al piso inferior, pero en realidad lo que hizo fue ocultarse velozmente al llegar a una zona donde las sombras eran tan espesas que le ocultaban por completo.

Desde allí, con los ojos entrecerrados, escrutó el resto del corredor.

Danielle tardó en salir, como si aguardase a alguien. Paul, con la boca seca, pensó en el hombre que seguramente aparecería de un momento a otro para encerrarse con la muchacha, para besarla. Una sensación de rencor que no podía dominar se afincó en su pecho.

Pero ningún hombre apareció.

Por el contrario, transcurridos unos cinco minutos, Danielle salió del desván poco a poco.

Debía haber estado buscando algo, y Paul vio lo que era cuando ella pasó por delante suyo para entrar en su habitación.

Porque la muchacha llevaba en su mano izquierda un puñal.

Un puñal largo, de hoja curva, como el que seguramente debieron emplear para degollar a Renaud, el hombre cuyo cadáver encontraron él y Nadine, la noche en que llegó al hotel de las

Brumas.

* * *

Nadine pidió permiso para entrar en su habitación hacia las nueve de la mañana siguiente.

—¿Puedo pasar?

—Entre, Nadine.

La mujer llevaba en sus manos una bandeja de plástico con un servicio de desayuno. La depositó en la mesilla que había a un lado de la cama de Paul, quien ya se encontraba sentado junto a la ventana.

—Le he traído el desayuno. ¿Cómo sigue su pierna?

—Algo mejor, Nadine. Gracias.

—Si no se mueve puede que se cure pronto.

—No me moveré a menos que se me lleve a rastras el comisario Prevost. ¿No ha vuelto por aquí?

—No, desde luego. Aunque tengo la sensación de que vigila el hotel desde lejos. Cualquiera de los coches que están estacionados al otro lado del puente de Suresnes puede ser un automóvil de la policía desde el que tomen fotos con un teleobjetivo. Además, hoy se ha estacionado aquí cerca un vendedor ambulante que no habíamos visto nunca. Apostaría mi mejor par de medias a que es uno de la Sureté, que ni siquiera ha sabido disfrazarse.

Paul bebió un sorbo de la taza de café.

—Es natural que la policía haga algo —dijo luego—. Y mientras se conformen con vigilar desde lejos... Pero, ¿qué hay de Steyr? ¿Han sabido algo más sobre él?

Pese al tono trivial con que estuvo hecha aquella pregunta, ella no dejó de notar que la taza de café temblaba ligeramente en la mano derecha de Paul.

—No, no hemos sabido nada.

—Es absurdo.

—¿Absurdo por qué?

—Si ha muerto, si es que aquella mancha de sangre significaba alguna cosa, debía haber aparecido su cadáver.

Ella se encogió levemente de hombros.

—Quizá tenga usted razón en sus suposiciones —musitó—.

Quizá Steyr haya marchado de aquí ocultamente para no pagar la cuenta.

—¿Cuántos huéspedes hay en el hotel ahora?

—Diez.

—¿Contándome a mí?

—Por supuesto.

Nadine seguía en la puerta, a pesar de que aparentemente ya no tenía nada que hacer allí… Sus dedos temblaban claramente.

—¿Qué le sucede? —preguntó Paul—. He tenido desde el primer momento la sensación de que había entrado aquí para decirme algo. ¿En qué puedo ayudarla?

Los labios de Nadine temblaban, como si no se atreviera a hablar. Por fin musitó:

—Es usted una de esas personas que inspiran confianza desde el primer momento, señor Durval, y por eso quiero decírselo. Estoy muy inquieta. Mi hermana Danielle ha desaparecido esta noche…

CAPITULO XI

—¿Desaparecido?

Paul había entrecerrado los ojos. Por ellos desfilaron como en una vieja película las escenas de la noche anterior: Danielle, con el puñal en la mano izquierda, avanzando por el penumbroso pasillo hasta perderse en su habitación. Algo que Paul no olvidaría nunca, por muchos años que viviese.

—Sí, ha desaparecido —musitó Nadine—. No está en su habitación, aunque lo peor es que siguen allí todas sus ropas.

—Perdone si cometo una indiscreción, pero… ¿puede haberse marchado con alguien?

—¿Con un hombre, quiere decir?

—Sí.

Nadine rió lenta y suavemente, aunque sus ojos seguían destilando una extraña tristeza.

—No piense eso. Es absurdo. Mi hermana es una muchacha tímida y que jamás ha tenido nada que ver con los hombres. Más bien resulta una chica tímida, apocada y sin ningún atractivo para el otro sexo.

Paul recordó sus magníficas piernas y la sugestiva bata de la otra noche, pero no dijo nada porque los puntos de vista de la hermana de Danielle tenían que ser forzosamente distintos de los suyos. ¡Pero, diablos! Pensar que Danielle no tenía atractivos para el otro sexo…

—¿Qué cree entonces que puede haber pasado? —preguntó.

—No lo sé. Por eso estoy desesperada. Le juro que no lo sé.

—¿Qué le ocurre a Danielle? La otra noche tuve la sensación de

que su cerebro no funcionaba bien. También me dolería ser indiscreto en eso, pero... fue una sensación muy intensa.

—En efecto, Danielle tiene una dolencia mental.

—¿De qué clase?

—No lo sé con exactitud. Nunca la he llevado a un médico para no inquietarla, pero parece como si esa muchacha adivinara las cosas, como si siempre pudiese ver más lejos que nosotros. Todo eso le da miedo... ¿Quién es capaz de decir lo que ve durante sus pesadillas? Eso hace que sienta miedo, unos terrores inexplicables y que parecen llevarla más allá de los límites de este mundo...

Paul bebió otro sorbo de café, evitando mirar a Nadine.

—¿Cree que seria... capaz de matar?

—No, eso manca. Danielle es buena.

—Sin embargo, aquí se ha cometido un asesinato, un asesinato salvaje, y alguien ha tenido que ser el autor.

—Ella, no. Imposible.

—¿Quién, entonces?

Nadine se retorció los dedos, nerviosa.

—¿Sabe que me proporciona muy poco consuelo, Paul? He entrado para que me aconseje y se pone a decir, poco más o menos, que mi hermana es una asesina.

—¡Oh, no! De ningún modo he querido decir eso. Simplemente hacía una pregunta pensando en poder ayudar a Danielle. Si ella padece algún trastorno mental, necesita que se la comprenda y se la apoye.

Nadine puso una mano en el pomo de la puerta y lo hizo girar dos veces sin poder evitar su nerviosismo.

—El caso es que ha desaparecido.

—¿Ha hecho esto otras veces?

—Asustarse y tener ataques más o menos histéricos, sí. Pero huir del hotel, nunca.

—¿Ustedes llevan muchos años en este edificio?

—No. Alrededor de los veinte meses.

—¿Dónde vivían antes?

—En el otro extremo de París, en la plaza de la Bastilla.

—¿No ha pensado que quizá su hermana se siente deprimida por el ambiente del hotel? ¿Todo empezó cuando llegaron aquí?

—Más o menos así es.

—Entonces quizá Danielle haya necesitado alejarse por unas horas, respirar aire puro y volver a aquel ambiente de París donde vivía antes. No tema, porque será una cosa sin importancia. Seguramente antes de la noche estará de nuevo aquí.

Pero la voz de Paul denotaba que él mismo no creía en lo que estaba diciendo.

Nadine susurró:

—Ojalá tenga razón.

Y salió cerrando la puerta suavemente, con una mueca de amargura impresa en el rostro.

Paul comprendió que, de un modo u otro, no tenía más remedio que esperar otra vez a la noche.

CAPITULO XII

El hotel no tenía casas lindantes con él. A un lado, a la izquierda, estaba la esquina de la calle, pues el edificio se alzaba por aquella parte en la confluencia de dos vías públicas. Delante tenía otra calle, como es lógico. A la derecha había un solar lleno de basuras y desperdicios donde alguien había abandonado, tiempo atrás, dos coches que el tiempo iba convirtiendo en papilla, pero que desde lejos aún causaban una cierta sensación de solidez. Detrás, parte de las ventanas del hotel daban al terrado de un almacén de borra y desperdicios textiles que casi siempre estaba cerrado. Por allí, durante las noches de verano, se paseaban grandes ratas.

Paul, que no se había movido de su habitación y sentía la pierna algo mejor, fue a una de las salas del hotel, desde donde se veía el gran terrado del almacén... La noche era mala, y espesos nubarrones cubrían por completo el horizonte. Pronto empezó a lloviznar.

Clouzot, el huésped del hotel que la primera noche había protestado por el llanto de Danielle, se acercó a él silencioso como un gato.

—¿Se encuentra mejor, señor Durval?

Paul se volvió, sorprendido, para encontrarse con unos ojos pequeños y cuya mirada parecía llegar hasta lo más profundo de sus células.

—¿Cómo sabe que me llamo Durval?

—¡Oh, he mirado en el libro registro! Además, es usted un personaje famoso, amigo, con su brillante carrera deportiva y con su patita coja. Yo me llamo Clouzot. Supongo que lo sabe porque

me hice un hartón de protestar la primera noche. ¿Y qué? ¿De verdad se encuentra ya mejor?

—Sí.

—Yo no puedo decir lo mismo, ¿sabe? En noches como ésta me duelen todas las articulaciones, porque padezco un viejo reuma... ¡Diablos! Dentro de poco el paisaje cambiará. Las brumas llegarán desde el río y lo envolverán todo. Este es el hotel de las Brumas.

—Es curioso. En mi interior yo también lo había llamado así.

—No se extrañe, porque son muchas las personas que tienen la misma reacción. ¿Se ha fijado en lo viejo que es este edificio? Sus fundamentos están medio en ruinas, y en las paredes medianeras con ese almacén contiguo hay grietas donde podría caber un carro. ¿No sabe, además, que este edificio tiene una negra historia?

—¿Una negra historia? No, no sabía nada.

Clouzot sonrió con indulgencia.

—Claro, es usted bastante joven. De todos modos ya puede conocer bien aquella época. Durante la ocupación alemana, una sección de las SS estuvo instalada aquí.

Hizo una pausa y añadió:

—Entre estas paredes muchas personas perdieron la vida. Dicen que esto lo eligieron porque no había edificios contiguos y, por lo tanto, no había vecinos. De otro modo, los aullidos de las víctimas les hubiesen quitado el sueño.

—No sabía nada de eso.

Clouzot le palmeó la espalda campechanamente, como si se despidiera de él.

—Claro, es natural. Bueno, le dejo con sus preocupaciones, porque sin duda las tiene. Si necesita algo no vacile en pedírmelo. Soy uno de los huéspedes más antiguos del hotel. Paro aquí siempre que recalo en París. Buenas noches.

Paul contestó suavemente:

—Buenas noches...

Las brumas habían ido envolviéndolo todo, como dijera Clouzot. Llegaban desde el cercano río y convertían los edificios en sombras, las luces en extrañas amenazas... Paul llegó a perder la noción del tiempo. Sólo al oír unos pasos a su espalda se volvió rápidamente.

La que llegaba era Nadine.

Nadine con sus caderas redondas y altas, con su cintura

cimbreante, con sus piernas que podían haber servido para un anuncio del Casino de París.

—¿Nada? —preguntó él.

—Sí, una cosa.

Paul arqueó una ceja.

—¿Qué es?

—Tengo… Tengo miedo.

—¿Por qué?

Ella se acercó suavemente a la ventana, cara a la bruma, mientras temblaban sus labios.

—Danielle está ahí. ¿No la ve? Está ahí, entre la niebla…

CAPITULO XII

En efecto, estaba allí.

No se la hubiera podido reconocer a primera vista, porque las brumas lo envolvían todo. Pero Paul comprendió que Danielle debía ser aquella sombra blanca que se movía sobre el terrado del almacén. Sólo una sombra que vagaba entre la niebla...

Paul barbotó:

—¿Pero qué hace ahí? ¿Cómo es que ha aparecido en ese lugar después de haberla estado buscando durante todo el día? ¡Dios santo...!

Paul, siguiendo un impulso instintivo y que no se entretuvo a analizar, abrió una de las ventanas y llamó:

—¡ Danielle!

Danielle no acudió. Pareció no haber oído la llamada. La mancha blanca que constituía su cuerpo se hizo más pequeña entre la bruma.

—¡ Danielle!

Paul sintió que las manos de Nadine aferraban con fuerza su brazo. Le pareció que la mujer, ansiosamente, buscaba refugio en él.

—No la llames; sería peor.

Le había tuteado; en su voz había algo cálido, vehemente, que parecía atravesar la piel. Paul la miró.

—¿Por qué sería peor?

—Cuando sufre una de esas crisis, puede decirse que no conoce a nadie. Es mejor dejar que se le pase. Conviene dejarla sola...

—Pero está ahí, en el terrado, y tal vez...

—No corre peligro —musitó Nadine—. He vivido ya alguna otra

vez esta terrible situación. Ese terrado está sobre una planta baja, y por lo tanto no correría ningún peligro aunque cayese a la calle. Pero Danielle no caerá. Simplemente necesita estar sola...

—¿Qué debemos hacer entonces? ¿Qué es lo que tú sugieres?

—Esperar...

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Danielle se irá tranquilizando al ver nuestras siluetas por la ventana. Sabe que, en cierto modo, la protegemos, que velamos por ella. Debe ser terrible lo que pasa en su interior ahora...

Paul se volvió hacia la mujer. Se dio cuenta de que los ojos de ésta se habían clavado en él. Aquellos ojos le envolvían en una mirada obsesionante, ansiosa, una mirada que le atravesaba, que sabía hablarle de cosas que los labios nunca se atreverían a decir.

Las manos de la mujer seguían clavadas en sus brazos.

Paul se inclinó un poco.

Y entonces la mujer susurró:

—Apártate un poco de la ventana. Sólo te pido que cuando me beses no nos vea...

* * *

El beso fue casi doloroso, fue un beso como Paul no recordaba haberlo dado jamás. La mujer se pegó a él febrilmente y le besó también, con miedo o con ansia, eso no hubiera podido decirlo nadie. Pero hubo en aquel breve contacto algo que Paul no olvidaría jamás, que marcaría de una forma increíble todos los días de su existencia.

Cuando se separaron, los dos respiraban con dificultad.

—Perdona —susurró él—. No sé por qué lo he hecho.

—Yo lo esperaba.

—¿Te das cuenta de que en cierto modo me has entregado tu voluntad y yo podría ser un asesino?

—Una mujer nunca piensa eso.

Sin que se diera cuenta, Paul se encontró soltando el bastón, apoyando su cuerpo en la pared y apretándole los hombros con fuerza, mientras sus ojos parecían atravesarla.

—¿Cuántos hombres te han besado antes, Nadine? ¿Por qué te

fías de mí?

—Porque necesito confiar en alguien. Y en cuanto a la primera pregunta..., nadie me ha besado jamás.

—¿Quieres hacerme creer que yo soy el primero?

—¿Por qué piensas lo contrario?

Paul dijo sencillamente:

—Porque sabes besar.

—Eso las mujeres sabemos hacerlo desde que nos damos cuenta de que en el mundo hay dos sexos.

Ella también elevó las manos hacia los hombros de Paul y susurró:

—A ti te ha arrojado el Destino como las olas arrojan a la playa los pedazos de un navío a la deriva. Adivino que aquí has encontrado tu último refugio. ¿Por qué no te quedas? ¿Por qué no aceptas el amor que sé que puedo darte?

—Nadie ha dicho que no vaya a aceptarlo.

Volvió a besarla. Algo que no sabía explicarse le empujaba hacia ella, le hacía perder la noción del tiempo y de todos sus recuerdos. En la vida de Paul Durval había habido otras mujeres, pero ninguna fue como ésta. De una forma instintiva sabía que ninguna volvería a ser como Nadine.

Cuando se separaron, los dos volvían a respirar con dificultad.

—¿Y Danielle? —musitó él—. ¿No crees que debería ir a buscarla? Sé hablar con suavidad cuando hace falta. No creo que pueda estar demasiado tiempo ahí, sola como un perro...

De los ojos de Nadine brotaron dos lágrimas. Bajó la cabeza, hundiendo la barbilla en el pecho.

—Presiento que ha sucedido algo horrible...

—¿El qué? ¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—No sé. Es sólo un presentimiento...

—Eso sólo lo sabremos trayendo aquí a Danielle. Vamos, déjame salir en su busca. Es preciso...

Nadine pareció reflexionar febrilmente.

—Tengo una idea. No digas que vas a traerla aquí, porque podría resistirse. Llévale algo para que se abrigue y la hablas dulcemente. Así es posible que se confíe y quiera venir.

—¿Y dónde puedo encontrar algo de abrigo para ella?

—En su habitación. Tiene un armario con mucha ropa.

Encontrarás su habitación en seguida porque entramos en ella la primera noche, ¿recuerdas?

—Sí, claro. Y me parece buena idea. Allá voy.

Paul se encaminó hacia la habitación de Danielle y abrió la puerta.

Había un cierto desorden allí, y la cama no parecía estar en su sitio. Algunas prendas íntimas descansaban sobre una butaquita que tenía un aire deliciosamente femenino. Todo el cuarto olía a mujer joven, a perfume natural de piel limpia, a la intensa fragancia de los cabellos de la muchacha. Lástima que...

Lástima que hubiera allí un algo, un no sé qué, que crispaba la garganta, que parecía flotar en el aire y erizaba la piel.

Paul no hubiera podido decir en qué consistía aquello, pero lo notaba en la piel, lo notaba en la nuca como un peso que estuviera posado en ella.

Al fin supo en qué consistía aquello.

Lo supo.

Cuando abrió el armario señalado por Nadine el horror pareció saltar sobre él, sobre sus ojos.

CAPITULO XIV

El cadáver pareció saltar sobre él, como si un muelle le hubiera impulsado hacia adelante. La sangre que aun empapaba sus ropas pareció también saltar sobre Paul.

Este se ladeó en el último segundo, y el cuerpo pasó junto a él, cayendo a tierra con un sordo chasquido.

Paul sintió que se le había cortado la respiración. La pierna izquierda le dolió horriblemente, al apoyar en ella todo el peso de su cuerpo. Quiso enderezarse y no lo consiguió. Lanzó un ronco estertor al darse cuenta de que iba a caer sobre el muerto.

Apoyándose en la mano izquierda, pudo evitar que la pierna sufriese una nueva lesión. Pero aquella mano se manchó de sangre, igual que su traje y hasta si propio rostro.

El estertor de Paul se repitió.

Dejándose caer de costado, a un par de palmos del cadáver, quedó sentado en el suelo y respirando afanosamente. Todo había sido tan repentino, tan brutal, que no se sentía dueño de sus nervios. Cerró un momento los ojos, tratando de concentrar sus pensamientos.

Al abrirlos, miró con atención al muerto.

No recordaba haberlo visto nunca. Era un hombre joven, rubio, con contextura de atleta. Iba vestido de azul y sin demasiada elegancia. Sus manos eran un poco callosas, lo que indicaba que se había dedicado a trabajos fuertes. No debía resultar fácil liquidar a un hombre así.

Y sin embargo, estaba bien muerto. Además, le habían atacado de frente.

Una profunda cuchillada en el cuello le había seccionado la yugular, dejándole prácticamente exangüe. Sus dedos estaban crispados, lo que indicaba que había intentado defenderse, pero muy en el último momento. Tenía los ojos abiertos y en ellos había una infinita expresión de horror.

Paul buscó sus documentos.

Sólo tenía un carnet de trabajo expedido en el puerto de Marsella. Carnet que no ofrecía ninguna garantía, pues en el puerto solían extenderlos, con carácter eventual a los repatriados de Argelia, sin exigir apenas comprobación alguna. De modo que aquel tipo podía haber tenido cualquier nombre y venir desde cualquier lugar del mundo.

Por su aspecto parecía alemán, aunque Paul tampoco hubiera sido capaz de jurarlo.

Mientras pensaba en todo esto e intentaba ponerse en pie, se abrió la puerta de la habitación.

Paul vio unos zapatos de alto tacón, unas soberbias piernas y el borde de una falda. Pero todo esto lo vio de una manera lejana y como si estuviese envuelto en una especie de niebla.

Nadine susurró:

—Cielos…

Paul logró ponerse en pie. Sus facciones estaban intensamente pálidas, y sus labios formaban en ellas una línea recta.

—No lo he matado yo —dijo con voz susurrante—, Al menos eso puedo jurarlo.

—Pero… ¡Pero esto es imposible!

—¿Conocías a este hombre?

—Sí.

—¿Un huésped? A este paso el hotel va a convertirse en un mal negocio, muchacha. A todos los matan antes de que paguen la cuenta.

—No era un huésped.

La muchacha vaciló contra la puerta, como si estuviera a punto de caer. Paul cerró completamente con la mano derecha, mientras la ayudaba a sostenerse.

—Mejor será que no se desate el pánico. Vamos a ver, ¿quién era este hombre? Dices que no se trataba de un huésped.

—Y he dicho la verdad. Era un albañil que estaba examinando

los cimientos para hacer unas reparaciones. No te lo he dicho, pero este edificio podría quedar en estado ruinoso. En los sótanos y los cimientos hay huecos donde cabrían varias personas.

—Pero no lo comprendo... ¿Qué tiene que ver eso para que lo hayan asesinado de la misma manera que a Renaud?

Nadine se llevó las manos a los ojos, mientras volvía a un lado la cabeza como si sufriera un espasmo.

—¿Y crees que yo lo sé? ¿Crees que puedo dar respuesta a esta pregunta? ¿Es que acaso puedo ni siquiera imaginar por qué nos vemos envueltos en este clima de horror?

Paul susurró:

—Tampoco yo lo sé. No puedo ni imaginarlo siquiera.

—Pero ahora habrá que avisar a la policía. Cielos, no sé lo que va a ocurrir. Después del otro crimen y de la desaparición de Steyr...

Las últimas palabras hicieron que Paul apretara los labios. Cierto, aún estaba pendiente lo de la desaparición de Steyr. El cadáver no había sido hallado...

—De todos modos —dijo—, hay que avisar a la policía. Es inevitable. El crimen es demasiado horroroso para soñar ni siquiera en resolverlo nosotros mismos.

Nadine se retorció los dedos frenéticamente.

—Tengo miedo por...

—Por Danielle, ¿verdad?

Ella no contestó. Solamente alzó los ojos. Paul supo leer en ellos un vacío absoluto. Supo darse cuenta de que había un abismo tras las pupilas de aquella mujer.

—Dime, ¿temes por Danielle?

—Sí.

—Entonces es que has pensado lo mismo que yo.

—¿Qué has pensado tú, Paul?

—Estos crímenes sólo ha podido... cometerlos ella.

Nadine se llevó una mano a los labios, con muda expresión de horror.

—¡No...! —balbució—. ¡No es posible que hayas pensado eso!

—Confiesa que tú también lo has pensado, Nadine.

La mujer volvió a retorcerse los dedos con angustia.

—Es un pensamiento..., que no he podido admitir...

—Pero sabes que es cierto.

—No puede serlo. Danielle no es una asesina.

—Es algo mucho más sencillo que eso. Es una pobre muchacha loca.

—Si yo supiera... —jadeó Nadine con voz entrecortada—. Si yo supiera que iban a reconocerlo así e iban a internarla en una casa de salud, donde recibiese todos los cuidados, no me importaría decir a la policía lo que pienso. Pero así no puedo, Paul. Compréndelo. Lo que ha sucedido es horrible. Imagina por un momento que no la toman por una loca, que consideran es una muchacha en su sano juicio. ¿Qué pena le iba a corresponder? Tú lo sabes, ¿no? ¿Te atreves a decir qué pena le correspondería, Paul?

El movió la cabeza lentamente.

—No es difícil adivinarlo.

—La guillotina, ¿verdad?

—Creo que no podría librarse de ella, a menos que la considerasen loca.

—Y sabiendo eso, ¿puedo yo decir a la policía lo que pienso, Paul?

El movió la cabeza lentamente.

—No. Comprendo que no.

—Por tanto te ruego que no lo digas tú tampoco.

—¿Cómo?

—Necesito un aliado, Paul. Necesito poder confiar en alguien, porque estoy angustiosamente sola. Quiero que no des facilidades a la policía. Que no digas nada de lo que sospechamos acerca de Danielle.

—Yo no diré nada, pero temo que ellos lo averigüen. Por fuerza ese buitre de comisario Prevost empezará a atar cabos y llegará a la conclusión de que Danielle es una muchacha demasiado extraña. Quizá llegue a detenerla. Y si la detiene, creo que a partir de ese momento Danielle está perdida.

—Por eso debemos ayudarla.

Paul pareció reflexionar un momento, y luego echó a andar lentamente hacia la puerta, apoyándose en su bastón.

—De acuerdo —susurró—, hay que ayudarla. Pero lo primero es sacarla de aquí. Terminará viéndola todo el mundo, y es posible que alguien llame directamente a la policía.

—Tienes razón... Vamos.

Ella dirigió una última mirada al cadáver y volvió la cabeza rápidamente, abriendo la puerta. Paul tuvo la sensación de que nunca olvidaría aquel cuerpo segado por la cuchilla, materialmente partido en dos. Hizo un gesto y terminó de cerrar la habitación.

—De todos modos hay una cosa que no entiendo —dijo, mientras avanzaba por el pasillo.

—¿Qué es?

—¿Tu hermana pudo tener suficiente fuerza para matar a un hombre de frente y luego cargar con él para meterlo en el armario?

—No, eso no sería posible.

— Eso sería un argumento en su favor. Tal vez el asesino no sea precisamente ella.

—Pero también puede ser que ese hombre estuviera ya oculto en el armario, ¿no?

Paul reconoció que la posibilidad era cierta. Además él mismo había visto a Danielle empuñando el cuchillo de hoja curva, de modo que decidió callarse.

Volvieron a la sala.

Estaba vacía, y a través de la ventana seguía viéndose la bruma. Entre ésta se distinguía una figura blanca que era el cuerpo de Danielle.

La muchacha seguía quieta junto a una de las barandas, y debía estar mirando hacia la ventana. Nadine le hizo una seña para que volviera, seña que su hermana debió ver claramente.

Pero no se acercó.

Lo que ocurrió a continuación fue lo más extraño y alucinante que recordaba Paul. Y lo curioso es que, según cómo se miren las cosas, no ocurrió nada. Sencillamente, Danielle no acudió. Continuó quieta entre la bruma.

—¿Pero por qué no viene? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé...

Las horas transcurrieron de una forma extraña, alucinante, lenta. Las horas fueron como una pesadilla que Paul no podía comprender. Al fin Nadine, que había estado todo el tiempo en pie junto a él, pareció vacilar.

—Estás cansada, ¿verdad?

Había dos lágrimas en los ojos de la mujer.

—No puedo más… Pero Danielle… ¿Cómo debe estar Danielle?

—Insisto en que debí haber salido en su busca. Y creo que aún estoy a tiempo de hacerlo ahora.

—No… No lo hagas. Quizá tuvieras que traerla a la fuerza, y entonces se enterarían todos. Lo que rodea a Danielle debe tratarse con el máximo silencio para no comprometerla.

—Comprendo… Pero tú estás cansada. Vuelve a tu habitación y trata de olvidar esta pesadilla. Yo aguardaré a Danielle.

—¿Y la policía?

—No te preocupes, la avisaremos mañana. Nadie podrá saber cuándo hemos descubierto el cadáver.

Ella apretó la mano con fuerza. Tenía los ojos nublados a causa de la fatiga.

—Voy a descansar, entonces. Mañana será un día horrible… Me da angustia pensar en él.

—Toma un somnífero y descansa. Nada más puedes hacer ahora.

Ella se alejó lentamente. En el hotel todo volvía a ser silencio, como en noches anteriores. Aquel silencio inexplicable y morboso a través del cual parecían moverse las sombras…

Y entonces, al quedar solo, ocurrió algo que Paul no esperaba.

Danielle se movió.

Danielle vino hacia él a través de las brumas, como una figurita blanca cada vez más visible, hasta quedar junto a la ventana.

Paul la abrió.

Y entonces la muchacha hizo algo que él no esperaba, que nunca se hubiese atrevido a soñar.

Se arrojó llorando en sus brazos.

* * *

Paul acarició sus cabellos, al principio suavemente, y luego con brusquedad, poseído por una fiebre que no podía explicarse, por un éxtasis que parecía estar más allá de sus pensamientos y sus fuerzas.

Pero en seguida reaccionó.

—¿Por qué has hecho esto, Danielle? —musitó junto a su oído —. ¿Por qué?

Ella no contestó. Seguía temblando junto a su pecho, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas en silencio.

Paul había oído hablar muchas veces del ansia de protección de los locos, que de pronto se sienten desvalidos y se portan como unos pajarillos, hasta que algo oscuro nace en sus cráneos y entonces matan a los mismos que les habían brindado protección.

Pero resolvió no pensar en aquello.

—Tienes que descansar —dijo a la muchacha en voz muy baja —. Mañana quizá afrontes una dura prueba. Pero ahora debes descansar…

Casi sosteniéndola con su brazo derecho, la llevó pasillo adelante. Ella se dejó guiar, sin oponer resistencia alguna. Paul se preguntó a qué habitación llevarla. En la de la muchacha había un cadáver, el del hombre que seguramente había matado ella misma. No, allí no podía entrar.

Abrió la puerta de su propio cuarto.

—Descansa aquí. Yo iré a cualquier otro sitio.

—No… No te vayas ahora… Hazme compañía.

Paul se preguntó si lo mismo le habría dicho al hombre que yacía degollado pocos metros más allá. Si también le habría pedido un poco de compañía antes de que se confiara, para luego saltar sobre él y segarle de un tajo la garganta.

Pero olvidó aquellos pensamientos. La muchacha, en el fondo, daba pena. Necesitaba protección.

La tendió en el lecho.

—Quieta. Debes descansar… Quieta…

Trataba de que su voz fuera dulce, acariciante. Trataba de que la muchacha le obedeciera como obedecen los niños.

Pero los ojos azules de Danielle estaban clavados en los suyos.

—Paul… ¿Te llamas Paul, verdad?

—Sí, pero…

—No me dejes.

—Nadie ha pensado en dejarte, pero descansa Necesitas dormir…

Danielle movió sus largas pestañas, que daban una misteriosa profundidad a sus ojos.

—Habéis descubierto ya el cadáver, ¿verdad?

Paul sintió una sacudida en la garganta.

— ¿Por qué te sorprendes? —susurró ella, sin dejar de mirarle—. ¿No hay en mi habitación el cadáver de un hombre que parece

alemán y que tiene la yugular seccionada?

Paul no se sentía capaz de entrar en aquel mundo alucinante, en aquel mundo de pesadilla al que le llevaban las palabras de la muchacha. Pero resolvió decir la verdad.

—Sí —musitó—. Ha sido como tú dices.

— ¿Y no habéis avisado a la policía?

—Lo haremos mañana.

Ella cerró un momento los ojos, mientras todo su cuerpo se estremecía suavemente, como el de una gata.

—Mientras tanto no me dejes sola...

Paul, que estaba sentado en el lecho, junto a ella, se inclinó y fue a besarla en la frente para que ella se tranquilizase. Pero, sin que se diera cuenta, sin que en ello interviniera su voluntad, los labios descendieron. Y el rostro de la muchacha se alzó.

El choque de sus labios fue brutal.

Ambos se estremecieron, como aguijoneados por una misma sensación, por un mismo fuego. Sus labios se unieron mientras ambos cerraban los ojos, deseando hundirse en aquella vorágine, deseando olvidar.

Ella aún pudo separarse para rogar:

—No me dejes...

Paul no la dejó.

Cuando salió de allí, la niebla se había disipado sobre los tejados de París, y entre éstos filtraba ya el sol los primeros rayos del nuevo día.

CAPITULO XV

El comisario Prevost vino pocas horas después e hizo examinar el cadáver sin decir una palabra. Pero todos se dieron cuenta de que su expresión reconcentrada y absorta era la peor señal para la persona que hubiese cometido aquel nuevo crimen.

Ahora Prevost no iba a gastar la pólvora en salvas. Ahora estaba dispuesto a llegar hasta el fin.

Por lo pronto cerro el hotel y dio «alojamiento» gratuito a todos los huéspedes en los calabozos de la Sureté, incluidas Nadine y Danielle. Tenía cuarenta y ocho Horas antes de dejar libres a los detenidos o entregarlos al juez, y desde luego las aprovechó bien.

Durante esas cuarenta y ocho horas, cinco equipos especializados, turnándose sin cesar, interrogaron a los detenidos día y noche. No se les permitió tomar alimento caliente, ni cerrar los ojos ni apenas levantarse de las sillas donde tenían que estar horas y horas, bajo la luz de los focos. Todos los reglamentos y todas las leyes que debe respetar un buen policía fueron vulnerados por el comisario Prevost. Se expuso cien veces a una denuncia que le hubiera costado la carrera, pero no quiso rectificar. Dos crímenes y una desaparición eran demasiados.

Pero a las cuarenta y ocho horas tuvo que soltarlos a todos.

Paul, que no había recibido asistencia médica para su pierna rota, estaba materialmente destrozado y sabía que no iba a poder moverse en mucho tiempo. Nadine y Danielle habían sufrido sendos ataques de nervios. Los demás huéspedes decían en voz baja que más les hubiera valido ser asesinados antes de soportar aquello.

Ninguno volvió al hotel.

Este parecía más que nunca un panteón en la calle solitaria, bajo

el cielo límpido de aquella tarde de París, cuando Danielle, Nadine y Paul Durval volvieron después de quedar libres.

Nadine y Danielle volvieron porque era su obligación. Paul porque no tenía adonde ir.

Y otra vez, cuando entraron en el vestíbulo, aquella atmósfera les envolvió como una pesadilla.

* * *

—Te agradezco que hayas venido —susurró Nadine—. Nos haces compañía cuando podías haber ido a cualquier otro sitio.

— ¿Otro sitio? ¿Adónde voy a ir? No me agradecerías nada si supierais que cuando llegué a París sólo tenía quinientos francos.

—De todos modos, éste no es un lugar agradable para ti. Y nos haces un favor quedándote.

Paul se encogió de hombros.

— ¿Para qué? Aunque yo me fuera, ya os harían compañía los periodistas. Supongo que rodearán materialmente todo esto.

—No. Es extraño, pero no han venido. Yo creo que Prevost ha planteado las cosas con mucha habilidad para que no se desatara una campaña de Prensa.

—Tal vez todos han creído que el hotel está cerrado porque en él se hacía trato de blancas o algo parecido —musitó Danielle—. Y como en París esas cosas ya no llaman la atención a nadie...

—Sea por lo que sea, estoy contento de que nos dejen tranquilas —dijo Nadine—. No hubiera podido soportar todo esto lleno de personas haciendo preguntas. Bastante ha habido con lo de la Sureté. Ha sido horrible...



¡Voy a sacarle todo lo que sabe!

—Pero tengo la sensación de que Prevost ha perdido la batalla. No ha averiguado nada absolutamente —dijo Paul.

Se encaminó muy trabajosamente hacia las escaleras, y añadió:

—Ahora, si pudiese tenderme un rato en algún sitio… Tengo la

pierna deshecha. No sé si esto va a poder continuar así.

Nadine, en el «comptoir», revisaba maquinalmente la correspondencia llegada durante aquellos dos días, y que el cartero había echado por debajo de la puerta.

—Hay una carta para ti —dijo mirando a Paul, mientras éste se disponía a poner los pies en el primer peldaño.

— ¿Para mí? ¡Qué extraño! ¿No quieres abrirla?

—Bien.

Nadine la leyó y luego hizo un breve resumen.

—Es un tipo llamado Andrés. Parece que tiene un taller de mecánica de gran precisión para bólidos de carreras. No sé cómo se ha enterado de que estás aquí y te ofrece un buen puesto.

Paul sonrió en el primer instante, alentado por la noticia, pero en seguida miró tristemente su pierna.

— ¿Y qué hago yo con esta catástrofe? Tendré que esperar a curarme, pero a este paso no va a ser nunca. En fin, guárdame, por favor, la carta y mañana telefonearé a Andrés. Al menos le daré las gracias por haberse acordado de mí, y le prometeré ir a trabajar cuando pueda.

—Como quieras.

Paul, antes de subir el primer peldaño, se volvió de nuevo.

—El comisario Prevost me hizo una pregunta muy extraña.

Las dos mujeres le miraron al mismo tiempo.

— ¿Cuál? —preguntó Nadine.

—Me preguntó si yo sabía algo acerca de un anillo de gran valor que había sido vendido hace poco en una joyería de París.

— ¿Qué clase de anillo?

—No lo sé. Yo no entiendo de joyas. Pero parece que era un anillo en el que iban engarzados dos diamantes muy valiosos, lo cual había hecho que lo conociesen todos los joyeros importantes de Europa.

— ¿Y qué?

Paul se encogió de hombros.

—Eso digo yo; ¿y qué? Yo no sabía nada de un anillo así. Entonces Prevost masculló que los alemanes lo habían robado durante la guerra y que siempre solía llevarlo un oficial de las SS llamado Sprintel. ¿Pero a mí qué me contaba? Yo no sabía nada de eso. Y no veo qué maldita relación puede tener una cosa así con lo

que ha ocurrido en este hotel.

Danielle miró un instante a su hermana.

—El comisario Prevost no sabe por dónde camina. Supongo que los policías hacen de vez en cuando preguntas al azar, para ver si la pista se descuelga por algún sitio.

—Sí, debe ser eso —dijo Paul—. Y ahora no me entretengo más. Parece como si la pierna se me fuera a romper en cien pedazos...

Era verdad. Desde el tobillo a la ingle, todo le dolía horriblemente. Para él fue un suplicio volver a su habitación y tumbarse en la cama, que aún conservaba las huellas del cuerpo de Danielle.

Deliciosas huellas...

Paul se tendió en el lecho y cerró los ojos pensando en mil cosas locas, las cuales siempre terminaban en una Danielle que iba a ser entregada al verdugo.

Con esa pesadilla perdió la noción del tiempo hasta que se hizo de noche.

Y entonces, de repente, se despabiló, sintiendo una tensión de horror en la nuca.

Porque otra vez acababa de oír aquello...

CAPITULO XVI

Era el roce de la mano. Aquel inexplicable y estremecedor roce de la mano en el techo.

Paul contuvo la respiración.

Oyó el roce avanzando por las paredes, siempre junto al techo. Llegó un momento en que aquel rumor estuvo junto a la alta ventana que había sobre la puerta. Se detuvo allí, mientras Paul, quien sabía que no iba a poder moverse a causa de su pierna rota, miraba allí con la boca entreabierta, conteniendo aún la respiración.

El rumor siguió adelante.

Y otra vez Paul vio, a través de los cristales de la alta ventana, aquella mano grande, rígida. Aquella mano que sólo podía pertenecer a un verdadero monstruo.

* * *

Aún sabiendo que su pierna no resistiría, Paul se incorporó en el lecho e intentó ponerse en pie. No podía dominar por más tiempo sus nervios. Necesitaba saber qué era aquello. Necesitaba verlo con sus propios ojos. Necesitaba ver.

Puso ambos pies en el suelo, mientras la mano terminaba de pasar lentamente por la ventana.

Y entonces oyó aquel grito:

— ¡Alto!

Se escuchó junto a la puerta, a continuación de aquella orden, una seca maldición. Paul entendía lo bastante de idiomas para saber

que la maldición había sido pronunciada en alemán, mientras que el «Alto» habla sido gritado por un francés. La misma voz repitió:

— ¡Quieto! ¡Quieto o disparo!

Se escuchó junto a la misma puerta de Paul el «chask» de una pistola al ser montada. E inmediatamente alguien disparó con ella, haciendo estremecer la hoja de madera. Fueron dos disparos.

Pero el tercero no llegó a brotar.

Al fondo del pasillo resonó una ráfaga. Una enloquecedora ráfaga de metralleta.

Las balas restallaron junto a la puerta, y unas cuantas destrozaron el marco, haciendo saltar de sus goznes a la hoja de madera. Paul se apoyó en una pared, con un movimiento instintivo, mientras esquirlas de plomo y polvillo de madera pasaban junto a sus ojos. Cuando la ráfaga cesó, se oyó un ronco gemido junto a la puerta.

Paul la abrió de golpe.

Un hombre completamente vestido de azul, desde el sombrero a los zapatos, pasando por la gabardina de nylon, le encañonó con la metralleta que llevaba bajo su brazo derecho.

— ¡Quieto!

— ¿Qué ocurre? ¿Es que se ha declarado la guerra?

— ¡Le he dicho que quieto! ¡Muévase y le volaré la cabeza!

—No tanto miedo, polizonte.

Paul había comprendido ya que aquel tipo era un policía. Sólo un miembro de la Sureté podía atreverse a exhibir una metralleta con tanta seguridad. Y por eso añadió con sorna:

—No voy a comerle la chapa, esbirro.

El de la metralleta lanzó una maldición.

— ¿Quién es usted?

—Me llamo Paul Durval. Soy un huésped de este elegante hotel.

—Vuélvase de espaldas y apoye las manos en la pared, a la altura de su cabeza.

—No puedo, polizonte. Tengo la pierna hecha harina. Si le obedeciera caería redondo a tierra.

—De todos modos, vuélvase.

Paul lo hizo, mientras el policía se acercaba. Dos más, armados de pistolas, aparecieron al fondo del pasillo. Fue entonces, al girarse, cuando Paul vio al hombre que acababa de recibir la ráfaga

de metralleta.

Era un tipo de unos cuarenta y cinco años, o sea que ya no resultaba joven, pero se mantenía en plenitud de forma física. A pesar de tener la cabeza medio destrozada por las balas, podía advertirse que era rubio y de facciones frías y un poco brutales, típicamente alemanas. Llevaba aún engarfiada en la mano derecha la «Germán Luger» con la que había hecho los dos disparos antes de recibir la ráfaga.

A Paul le dolía tanto la pierna que tuvo que apretar los labios.

En ese momento llegó Prevost.

Prevost caminaba como un mastodonte y llevaba también una pistola en la mano derecha.

— ¿Qué hace aquí, Durval?

—Aún no me han echado del hotel, comisario.

— ¿Sabe quién era ese tipo?

Señalaba el cadáver tendido casi a los pies de Paul. Este lo miró con indiferencia.

—Sí.

— ¿Cuándo lo conoció?

—Yo era un chiquillo. Fue cuando la guerra, durante la ocupación alemana. Ese hombre se llamaba Sturz.

—Y era un miembro de las SS encargado de llevar franceses a los campos de concentración, ¿verdad?

—Sí. Llevó a mis padres e incluso a mí mismo. Yo escapé por milagro de la cámara de gas.

—Y juró que si alguna vez volvía a ver a ese hombre lo convertiría en pedazos, ¿no es así?

—Así es.

Prevost hizo girar despectivamente el cadáver con el pie.

—Un tribunal militar francés condenó a este hombre a muerte en 1946, pero luego le fue conmutada la pena por la reclusión perpetua y hace un par de años logró salir. Una blandenguería estúpida, digo yo. A todos aquellos tipos tenían que haberlos fusilado inmediatamente. —Se puso junto a Paul, tan cerca que captaba su aliento—. ¿Usted no piensa lo mismo, Durval? ¿No piensa que hubiera sido necesario ejecutarlos sin pérdida de tiempo?

—Sí.

Prevost entrecerró los ojos.

— ¿Por qué mató a Steyr? Dígalo de una vez. ¿Por qué lo mato? ¿Por qué lo atravesó con su maldito estoque?

Paul sintió que sus facciones se volvían rígidas, que todo su cuerpo se tensaba como un arco.

— ¿Cómo puede decir eso?

—A ver, suelte su bastón.

Paul lo soltó. Tenía también los ojos entrecerrados. En su mirada había la misma luz cruel que en la mirada de Prevost.

El comisario desenroscó el mango con manos hábiles, extrayendo el estoque.

— ¿Lo mató con esto, Paul?

—Sí.

En cierto modo Paul se sentía descansado. Habían descubierto el cadáver. Todo era más lógico así. Había cesado aquel horrible clima de pesadilla, aquel clima que por un momento le hizo creer que Steyr tenía facultades sobrenaturales que iban más allá de la muerte...

— ¿Por qué lo reconoce? —preguntó Prevost—. ¿No se da cuenta de que en principio le convendría negar?

—No tengo ningún inconveniente en decir que yo soy el hombre que ajustició a Steyr. Lo merecía.

— ¿Lleva siempre este bastón como estoque?

—No. Ahora no se fabrican ya, por la sencilla razón de que muy poca gente usa bastones. Este lo heredé de mi padre. Fue lo único que quedó en casa cuando a él se lo llevaron para las cámaras de gas.

—Y se juró que algún día mataría con él a sus verdugos, ¿no?

—Así es. Claro que nunca pensé que volvería a encontrar a Steyr. El bastón estaba olvidado hasta que me ocurrió lo de la pierna. Entonces volví a tomarlo.

— ¿O sea que no lo llevaba a propósito para matar?

—No.

Prevost se alejó unos pasos, pasando por encima del cadáver.

—Le creo. ¿Sabe que Steyr había sido condenado a muerte también por un tribunal militar francés?

—Lo suponía. Igual que Sturz, ¿verdad?

—Con la diferencia de que Steyr seguía estando condenado a

muerte.

— ¿Por qué?

—Se fugó del penal hace unos años y mató a dos guardianes. Esos son delitos de los que no se olvidan ni se perdonan.

Hizo una mueca y añadió:

— ¿Por qué no lo entregó a la policía?

—No pensé en ello. Fue como un impulso irresistible. Sólo supe que era Steyr e inmediatamente me acordé de mis padres. Cuando me di cuenta de lo que verdaderamente ocurría, ya le había atravesado el corazón con el estoque. No lo pensé un solo instante.

—Lo haré constar así en el atestado.

—Hasta ahora me ha tratado con rudeza, comisario, y en este momento estoy seguro de que quiere ayudarme. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué ha cambiado de actitud?

—Steyr me daba asco.

— ¿Usted fue de los que lo buscaron?

—Yo lo atrapé hace años, y le vi pedir perdón como una sabandija. Era un criminal nato, un buitre, pero además era también un cobarde. Esperaba el momento de poderle vaciar un cargador encima y usted me ha ahorrado trabajo. Naturalmente tendrá un lío judicial con todo esto, pero no resultará condenado. Entre mi informe y la atenuante de obcecación, todo se reducirá a unas cuantas molestias.

Volvió a hacer girar con el pie el cadáver del otro hombre.

—Por eso no hemos vacilado en acribillar también a Sturz —añadió—, al ver que iba armado. Con esta clase de tipos no se pueden gastar bromas. Al fin y al cabo no hemos hecho más que cumplir una sentencia.

Paul sentía que la pierna le dolía cada vez más, al no poder apoyarse en el bastón. Tuvo la sensación de ir a caer de un momento a otro.

— ¿Va a detenerme, comisario?

—No puede tenerse en pie, ¿verdad?

—No... La verdad es que no puedo.

—Ya me ha dicho el forense que lo de la pierna es verdad. No, no le detendré por lo de Steyr, alegando que no puede ser trasladado. Es natural que el juez le cause luego algunas molestias, pero no serán demasiadas Vuelva a su habitación.

Paul lo hizo, apoyándose trabajosamente en las paredes, y se sentó en la cama. Prevost le miró desde el umbral pensativamente.

—Nosotros estábamos vigilando dentro del hotel y por eso hemos cazado a Sturz. El muy imbécil ha entrado sin demasiadas precauciones, creyendo que aquí no vigilaba nadie. Y eso que había algo que llamaba la atención. ¿Qué ha visto de especial en él?

—La mano. Nunca lo hubiera imaginado.

Prevost lanzó un suspiro.

—Esas manos de marfil, unidas a un mango, las venden en algunas casas de antigüedades. Ahora no se usan, pero antiguamente servían para que los honrados y comodones burgueses se rascaran la espalda cuando estaban en el baño. Sturz había acoplado a la mano un mango más largo y podía palpar las paredes de cualquier habitación en la parte lindante con el techo.

— ¿Pero por qué? ¿Para qué quería Sturz hacer eso?

Prevost se encogió de hombros.

—No lo sabemos, y es posible que no lo sepamos nunca. En este sentido lamento que hayamos acabado con él, porque no ha tenido oportunidad de hablar. Y Steyr tampoco puede aclararnos nada desde el otro barrio.

—Pero algo buscaría. ¿Y qué es lo que puede estar en la parte alta de las paredes, junto al techo?

— ¿Lo sabe usted, Durval?

—No tengo ni idea.

— ¿Qué hace usted en este hotel?

—Estoy aquí porque no he encontrado ningún otro más barato.

— ¿Por tanto no tiene ninguna intención determinada?

— ¿Qué intención voy a tener?

Prevost volvió a encogerse de hombros.

—Ya han muerto bastantes personas, ¿sabe? Lo siento por usted.

— ¿Qué quiere decir?

—Que si la misteriosa persona que ha liquidado a los otros quiere liquidarlo también a usted, Durval, podrá hacerlo sin trabajo alguno. Se ve a la legua que ahora no es capaz de dar un paso. ¿Por qué sigue aquí? ¿No sería más seguro que lo trasladara a la cárcel? La prisión de la Santé es, según como se mire, el hotel más barato que existe.

—La persona que ha causado todos estos crímenes no me hará a

mí daño alguno.

— ¿Cómo lo sabe? ¿La conoce?

— ¿Por qué iba a conocerla?

— ¿Y por qué ha dicho con tanta seguridad que esa persona no le causaría daño alguno?

—Simple intuición.

Prevost le miraba ladinamente, brillantes sus ojos.

—Muy bien. Espero no tener que retirar su cadáver como ahora retiraremos el de Sturz. Buenas noches.

Paul pensó en Danielle. ¿Cómo podía ella causarle ningún daño? Danielle se lo había dado todo la noche anterior. Podía su cerebro estar trastornado, pero a él no le atacaría.

—Buenas noches, inspector. Por cierto..., ¿dónde han encontrado el cadáver de Steyr?

— ¿De verdad le interesa?

—Mucho.

—Pues lo hemos encontrado empotrado en los sótanos, en una enorme grieta que había en el muro..., muy cerca del techo.

CAPITULO XVII

Los coches de la policía se habían alejado puente de Suresnes abajo, hacia Longchamps, seguidos por la ambulancia que llevaba el cadáver de Steyr. Pronto desaparecieron de la visión de Paul y dejaron también de oírse sus lúgubres bocinazos.

El joven, que miraba a través de los cristales de la ventana, creyó oír un ruido a su espalda y se volvió con lentitud, girando exclusivamente sobre su pie derecho.

Nadine estaba allí. Nadine con sus ojos turbios, con su rostro de óvalo perfecto, con su cuerpo de diosa.

— ¿Qué mirabas, Paul?

—La policía. Se han llevado ya el cadáver, afortunadamente.

—Sí... Se han ido todos.

Hubo como un infinito desencanto en la voz de Nadine, que parecía completamente desfallecida.

— ¿Quieres decir que... el hotel está solo?

Nadine le miró a los ojos.

—Solo no. Quedamos tú, yo y Danielle.

Sin poder evitarlo, y a pesar de que él estaba seguro de Danielle, Paul sintió un leve escalofrío en la espalda.

— ¿Dónde está Danielle?

—En .su habitación.

— ¿No crees que sería mejor encerrarla?

— ¿Qué temes, Paul?

—No sé explicarte... Temo por ella.

— ¿Por qué? A Danielle no puede ocurrirle ningún daño. Tú y yo lo sabemos bien. Ni tú vas a matarla ni yo voy a hacerlo

tampoco. En cambio…

—Sé lo que estás pensando, Nadine.

Nadine se mordió el labio inferior.

—Es terrible, pero más vale que al menos nosotros hablemos con absoluta claridad. Los dos sabemos que Danielle es una asesina, que es una loca peligrosa y que puede volver a matar. El problema está en saber si nos respetará a nosotros.

—Es terrible oír eso, Nadine.

—Pero es espantosamente cierto.

Sin darse cuenta, Paul se clavó las uñas en las palmas de las manos, hasta hacerse sangre en ellas. Los nervios le dominaban. Había llegado a sentir como una especie de vértigo.

—De todos modos —dijo—, yo no soy partidario de avisar a la policía. Pero quizá convendría encerrarla en su habitación. Quizá convendría evitar que cometiese una nueva locura.

—Impediré que salga —susurró Nadine mientras bajaba los ojos —. Si es preciso le daré un somnífero para que descanse. Pero con eso sólo ganaremos unas horas, Paul. ¿Qué haremos mañana? ¿Qué será de ella cuando todo vuelva a empezar?

—Ahora ya no podrá matar a nadie. El hotel está vacío.

—Precisamente por eso…, quizá seamos las víctimas uno de nosotros dos.

—No pienses en ello, Nadine. ¿O prefieres que esté yo junto a Danielle? ¿Quieres que la vigile?

— ¿Qué podrías hacer? Tu pierna no te permitirá ir tras ella, en el caso de que salga de su habitación.

—Pero si le das un somnífero me podré dedicar a vigilarla sin que haya peligro. Será una cosa más bien rutinaria, ¿comprendes? Una simple precaución para convencernos de que sigue bien dormida.

Nadine pareció comprender que aquello era lo mejor. Su mirada paseó tristemente por la ventana cerrada, por la gran habitación vacía.

—Sí —musitó—. Voy a darle un somnífero. Puedes ir a su habitación dentro de cinco minutos, ¿quieres?

—De acuerdo.

Nadine salió. Una suave estela de perfume pareció quedar flotando en el aire de la habitación, cuando la puerta se cerró a su

espalda.

Paul dejó transcurrir cinco minutos.

Durante ese breve lapso de tiempo, su cerebro trabajó a la máxima presión. Intentó recordar todas las circunstancias de los crímenes y lo que había oído decir a la policía sobre la técnica empleada en los mismos. En la Sureté había oído comentar a Prevost que todas las cuchilladas que acabaron con las víctimas habían sido propinadas con la mano izquierda. Y Danielle era zurda, de eso no existía duda. No sólo había visto cómo llevaba el puñal en la mano izquierda, al salir del desván, sino que además había notado otros detalles, como por ejemplo, la mano con que se peinaba. ¿Pero para qué pensar en eso? ¿No sabía ya, desgraciadamente, que era una asesina? ¿Por qué torturarse más?

Tomó el bastón y fue lentamente a la habitación de Danielle. Entró sin llamar, porque la muchacha, según creía él, ya debía estar dormida.

Pero no lo estaba.

Danielle se encontraba reclinada en el lecho, con un vaso en la mano. Ese vaso estaba lleno de agua, y una pastilla oscilaba en el fondo. Danielle tenía la falda descuidadamente puesta y sus ojos entrecerrados miraron al hombre.

Paul tuvo que cerrar los ojos.

¿Era posible que aquella mujer fuese una loca asesina? ¿Podía aquella belleza, con la cual había pasado unas horas de locura sin pretenderlo, ser la mujer más peligrosa de París?

Ella preguntó suavemente:

— ¿A qué has venido?

—Quería... Quería saber si necesitabas algo. Estamos solos en el hotel.

—No, no necesito nada. Voy a dormir, ¿sabes? Mi hermana me ha dado un somnífero.

—Entonces bébetelo. Te conviene descansar.

—Sí... Comprendo que tenéis razón.

Levantó el vaso con la mano izquierda y lo miró al trasluz. Luego susurró, dirigiendo sus ojos hacia la ventana:

— ¿Quieres cerrar la ventana? Me molesta ver a lo lejos las luces de París.

— ¿Por qué?

—Porque tengo la sensación de que hay otras mujeres más felices que yo.

—Más vale no pensar en esas cosas. ¿Quién sabe lo que hay en París? ¿Podrías tú adivinar lo que existe detrás de esta bruma?

Paul se dirigió dificultosamente hacia la ventana, la abrió y bajó la anticuada persianilla. Mientras tanto Danielle vació rápidamente el contenido del vaso en la pila del lavabo, que tenía a su alcance. Al volverse el hombre, ella tenía ya una actitud de perfecta naturalidad, e incluso se había llevado la mano a los labios como para disimular un eructo.

— ¿Produce esto un efecto rápido? —preguntó en voz baja.

—No sé. Supongo que sí.

Paul tomó asiento en una silla frente al lecho, mientras ella se tendía completamente. Los ojos de la mujer se posaron en él suavemente.

—Ocurra lo que ocurra piensa que te quiero, Paul —musitó—. Eres el único hombre a quien he querido en mi vida. Tú tal vez pienses que todo ha sido demasiado rápido y que una mujer no puede enamorarse tan pronto, pero... pero hay veces en que una tiene la sensación de haber encontrado lo que estuvo esperando durante toda su vida.

El no contestó. No se atrevió a contestar.

¿Qué podía decir a aquella mujer? ¿Que él también estaba enamorado y que eso era lo peor que podía sucederles a los dos?

No, era mejor callar. Era mejor pensar que había tenido una perra suerte.

Danielle cerró los ojos.

Paul la estuvo mirando hasta que la respiración de la muchacha fue regular y acompasada. Entonces, dominando los dolores de su pierna, se puso en pie.

Meticulosamente fue registrando todos los rincones de la pieza.

No buscaba nada que pudiera comprometer a Danielle, puesto que ella ya estaba bastante comprometida. Por el contrario, buscaba algo que pudiese ayudarla. Paul sólo quería eso.

Pero lo que encontró terminó con sus buenas intenciones.

Porque en el fondo de un baúl había algo que ni remotamente hubiera sospechado hallar. Una calavera. Una calavera humana.

* * *

Con dedos inseguros la tomó.

Entendía lo bastante de restos humanos para saber que aquella calavera no era muy antigua. Lo máximo que podía tener era unos dieciocho años. Aún estaba manchada de yeso y de restos de cemento, lo que indicaba que había yacido sepultada hasta muy poco antes..., en una pared.

Paul la soltó lentamente, dejándola caer al fondo del baúl.

Lo curioso y terrible era que él podía decir a quién había pertenecido aquella calavera. La mandíbula hundida en un costado y los tres dientes delanteros de oro sólo podían haber pertenecido a Sprindel, uno de los esbirros de las SS que más sembraron el horror en París. Paul recordaba haberlo visto cuando era un niño. Exactamente la noche en que se llevaron a sus padres para las cámaras de gas...

¿Qué hacía aquel cráneo allí? ¿Qué había sido de Sprindel para que su calavera fuese a parar al baúl de una mujer bonita?

Paul volvió la cabeza hacia la muchacha.

Esta dormía plácidamente, con los labios entreabiertos y las manos sobre el regazo. Parecía imposible que hubiera matado a alguien. Nadie hubiera sido capaz de decir que ella estaba hundida hasta el cuello en aquel clima de horror.

Paul, silenciosamente, salió de la habitación, dispuesto a jugar la última baza.

CAPITULO XVIII

Se oía golpear rítmicamente en los sótanos del hotel. Paul no sabía si era pesadilla o una tenebrosa realidad, pero aquellos golpes que llegaban desde abajo, atravesando la noche, parecían repercutir en las paredes y en su propio cráneo.

Un sudor helado asomó a las sienes del hombre.

A cada peldaño que descendía, la pierna le enviaba una punzada horrible. Estaba seguro de que, ocurriera lo que ocurriese, no podría defenderse, porque caería en el momento decisivo. Y sin embargo, siguió avanzando.

Los sótanos se iniciaban en una puertecita junto al mostrador de recepción, puertecita que estaba abierta.

Paul descendió los húmedos escalones.

Ante su vista se mostraron, como en una decoración de pesadilla, los viejos sótanos formados por altas arcadas parecidas a las de un convento. En aquellas arcadas parecía repercutir sordamente los golpes que llegaban desde algún lugar indeterminado del sótano.

Paul llegó abajo.

Unas polvorientas bombillas iluminaban toda la extensión de los sótanos, una de cuyas paredes estaba llena de enormes grietas que indicaban una próxima ruina. Pero no se veía a nadie allí. Los golpes habían cesado.

Fue entonces cuando Paul creyó distinguir, a lo lejos, una sombra.

Se dirigió hacia allí e hizo un movimiento demasiado precipitado. La pierna falló definitivamente. El bastón no pudo sostenerle, y él cayó por tierra lanzando un sordo gemido.

La sombra, a lo lejos, se movió rápidamente. La luz de las bombillas pareció oscilar.

Paul, arrastrándose, intentó llegar a uno de los huecos, donde había visto algo. Cuando estuvo más cerca pudo distinguirlo bien. Era un esqueleto al que faltaba la cabeza.

Sin duda los restos de Sprindel. Los despojos de un hombre enterrado allí veinte años antes, cuando las fuerzas aliadas ocuparon París...

Pero había algo más en aquellos restos. Algo que destacaba con fulgor siniestro entre los huesos blanqueados por los años.

Eran dos cosas. Dos cosas bien distintas.

La primera era una bala de fusil, que sin duda había causado veinte años antes la muerte de Sprindel. La segunda era un diamante de gran tamaño que debía valer una fortuna.

Paul miró aquello con ojos obsesionados.

Fue entonces cuando poco a poco penetró en su cerebro toda la verdad, toda la horrorosa e increíble verdad. Ahora, con lo que sabía y lo que podía imaginar, estaba en situación de explicar el por qué de aquellos espantosos crímenes.

Veinte años antes, Sprindel, confiando aún en escapar, se había tragado aquel diamante que valía una fortuna incalculable, pensando que así le sería fácil llevarlo consigo. Seguramente habría ideado escapar por alguna grieta de los sótanos, pero alguien le descerrejó un balazo con su fusil enviándole a los infiernos. Aquel alguien debió registrarle bien, no hallando el diamante, aunque sí el anillo del que le hablara poco antes el comisario Prevost.

Paul siguió arrastrándose hacia el esqueleto, mientras las gotas de sudor llenaban ya todo su rostro.

Sí, ahora lo veía claro. La persona que mató a Sprindel, quizá uno de sus mismos compañeros, debió emparedar el cadáver y escapar luego. Los años transcurrieron, París cambió, el hotel volvió a admitir huéspedes..., y el hombre que había matado a Sprindel debió contar la historia a alguien. Probablemente a sus antiguos compañeros de las SS dispersos por los más extraños lugares del mundo. Luego aquel hombre puso en circulación el anillo y llamó la atención de la policía. Pero a los viejos SS les llamó la atención también. ¡Todos comprendieron que había que encontrar el cadáver de Sprindel! ¡Todos adivinaron que junto a su esqueleto se encontraría una bala..., y una fortuna!

Paul jadeó, vencida su resistencia, sintiendo que el dolor de la pierna le llegaba a los últimos rincones del cuerpo.

«Pero Danielle —pensó— sabía también aquello, y había ido eliminando a todos los que buscaban el esqueleto y por consiguiente el diamante. No estaba tan loca como parecía. Buscaba la grieta que pusiera al descubierto el cuerpo de Sprindel y había dado con ella al fin. El secreto del Hotel de las Brumas estaba desvelado...»

Y Danielle no vacilaría en matar otra vez. No le importaría terminar con él, que había pasado a ser un testigo demasiado molesto.

Paul oyó pasos a su espalda.

Oyó los pasos lentos, cadenciosos, de una mujer que se acercaba con la solemnidad de la muerte misma.

—Puedes matarme, Danielle —susurró Paul sin volverse—. Pero

prefiero no verte la cara cuando lo hagas. Quiero morir recordándote como te vi en el primer momento, tan pura y tan bonita...

— ¿De veras? —preguntó suavemente una voz.

Los músculos de Paul se tensaron, mientras lanzaba un ronco estertor.

Porque aquella voz...

¡Porque aquella voz era la voz de Nadine!

* * *

Nadine, con el puñal curvo en la mano izquierda, se acercó un poco más. Caminaba lentamente, con una especie de diabólica calma. Sus facciones estaban deformadas por una mueca que Paul no había visto nunca, que nunca hubiera podido imaginar.

—De modo que Danielle... —susurró ella—. Celebro desengañarte, Paul. Así morirás con un buen recuerdo de tu amada Danielle... La pobre no estaba loca, no necesitaba ningún médico ni nada parecido... Sólo tenía miedo, mucho miedo..., y mucho amor hacia mí. Ella ocultó a Steyr, el hombre al que tú mataste, creyendo que era otra de mis víctimas. Ella ocultaba siempre el arma con la que yo repartía la muerte... ¡Pobre y conmovedora Danielle...! Aún recuerdo sus crisis de nervios, sus intentos de fuga al darse cuenta de que no podía nada contra mí... ¡Pobrecilla estúpida!

Alzó el brazo armado sobre el pecho de Paul. Este no podía moverse. Ni siquiera podía lograr un buen punto de apoyo para manejar el bastón. Estaba indefenso como un niño.

Susurró:

—Al menos... no hagas luego daño... a Danielle...

—No te inquietes, cariño. Respetaré a esa pobre estúpida si es que ella no se pone tonta, porque de lo contrario... Pero eso no te importa ahora, querido... ¿Quieres ver cómo muevo la mano izquierda al manejar el cuchillo? No puedes imaginarte lo que me ha costado disimular hasta ahora que yo también soy zurda...

Lanzó una carcajada y dejó caer el brazo para clavar el puñal hasta las cachas en el cuello de Paul. Este ni siquiera se movió. Estaba arrepentido de haber matado a Steyr, de haberse tomado la justicia por su mano, y le parecía merecer aquel fin. Se dispuso a

morir con una sonrisa, sin hacer un gesto, sin una protesta.

Pero la hoja de acero no llegó a atravesar su piel.

Bruscamente, al fondo del sótano, resonó un disparo. La detonación pareció retumbar en el sótano, multiplicarse cien veces… Y Nadine, lanzando un sordo gemido, cayó junto a él, soltando el puñal.

Como una sombra amarga, como una imagen de esperanza y a la vez de pesadilla, Paul vio avanzar a Danielle con una pistola aún humeante en su mano izquierda.

La muchacha estaba llorando. La pistola temblaba entre sus dedos.

—Danielle… —musitó—. Danielle…

Ella se arrodilló junto a su hermana, que estaba herida en una cadera, y la abrazó en silencio. Contuvo las lágrimas hasta que no pudo más, hasta que el silencio pareció romper su garganta.

Paul le acarició el cabello con suavidad infinita.

—No debes llorar, Danielle… —susurró—. Nadine sólo está herida. La recluirán en una casa de salud y será mejor para ella. Mírame a los ojos, muchacha… Mírame…

Ella le miró.

Y los dos encontraron en sus ojos un mensaje de esperanza, mientras en aquellos momentos el comisario Prevost, bien ajeno a lo que había sucedido, llegaba al hotel con dos de sus hombres para seguir sus investigaciones.

La bruma lo envolvía todo.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain